

ID Y EVANGELIZAD

Nº135

www.solidaridad.net

Más allá de la JMJ

*La evangelización
de los jóvenes en
una sociedad
posmoderna*



colaboración económica 1 €

De tronos y cadalsos

Se atribuye a José Donoso Cortés la afirmación «Levantamos tronos a las causas y cadalsos a las consecuencias». De este modo denuncia el pensador a todos aquellos que protestan ante ciertos fenómenos sociales pero, simultáneamente, fomentan las causas que los provocan y, lo que es peor, son partícipes de las formas de pensar que los originan.

Estos juegos de tronos y cadalsos también se dan dentro de nuestro catolicismo. La llamada pastoral juvenil es un ejemplo bastante esclarecedor: es frecuente escuchar -en los corrillos eclesiales- lamentos por la ausencia de los jóvenes en las celebraciones, catequesis y en general en la vida de la Iglesia. Son numerosas las parroquias en donde los aspirantes al sacramento de la confirmación son rara avis.

Frente a esta espantada juvenil, hay quienes ya han tirado la toalla, aduciendo que dicha evasión es imparable, algo así como un signo de los tiempos. Otros, siguen peleando por la evangelización de los jóvenes, pero usando una estrategia apostólica equivocada que entroniza la causa principal del desquicie que sufren nuestros hijos, que es la ausencia de comunidades cristianas al estilo de la tradición católica.

La juventud es una etapa de transición y proyección, que necesariamente precisa de un proyecto elaborado y encarnado (real) que les vincule al Padre y a los hermanos y les arraigue a una historia y tradición; eso son las comunidades cristianas conformadas por familias, consagrados y ministros ordenados, con una nítida identidad cristiana entusiasmante y con una misión bien definida que sea respuesta a la crisis sistémica universal. La conversión a Cristo (y a nada ni nadie más), el amor incondicional a la Iglesia y la encarnación en los empobrecidos son las coordenadas indispensables en la fraternidad cristiana. Si los jóvenes viven dentro de esas comunidades, aprenderán a leer y entender su vida personal, la del mundo materialista que nos ha tocado y tendrán esperanza para construir, cambiar y responsabilizarse.

Además, las comunidades católicas (si quieren incorporar a los jóvenes) deben asumir enormes retos, como es la desconexión de los menores con lo virtual para volver a lo real, a la lectura, a la naturaleza y, sobre todo, a los sufrimientos concretos. Otro desafío ineludible es la necesidad de unir la dimensión procreativa y la unitiva en el matrimonio para acabar con la cultura del hijo único o de la parejita y para redescubrir la alegría de la vida, la familia amplia y el compartir fraterno. Con jóvenes educados en la soledad, el capricho y las relaciones virtuales no solo no vamos a cambiar la raíz del problema, sino que entronizamos las consecuencias de la destrucción de la cultura cristiana.

Por eso, no podemos seguir perdiendo el tiempo con pastorales “ad hoc”, sectoriales, parciales, centradas en grupos seleccionados por la edad, tal como se viene haciendo en los últimos 60 años, con evidente fracaso y con seguidismo del pensamiento liberal-pragmático. Si las ingentes cantidades de tiempo, esfuerzos y personas dedicadas a estas pastorales sectoriales (como la juvenil) se dedicasen a la formación de comunidades cristianas netamente católicas, estaríamos poniendo, por fin, las causas del problema en el cadalso. ●

Análisis



Jóvenes a la intemperie

Equipo de edición

Cualquier reflexión sobre la evangelización de los jóvenes debe partir de su realidad. Hoy en día, en el mundo, tal realidad está conformada mayoritariamente por abusos, esclavitud, migraciones forzosas, explotación laboral y falta de expectativas. Solo una minoría de los jóvenes vive en una situación de privilegio. Sin embargo, aplastada o privilegiada, la juventud sufre un desarraigo existencial por la devastación de todas sus raíces y asideros. ¿Podemos plantearnos la evangelización sin abrazar y encarnar su realidad? La presentamos aquí a partir de un informe elaborado por el Movimiento Cultural Cristiano.

El desarraigo existencial de la juventud

La característica más llamativa de los jóvenes actuales es su desarraigo existencial y espiritual vinculado a la ausencia de proyectos y de sentido de la existencia. Este desarraigo tiene diferentes dimensiones: un desarraigo de la naturaleza (urbanitas como somos); un desarraigo de la ciudad, del «pueblo», de la tierra que te vio nacer, de la patria (migraciones forzosas); un desarraigo de la historia (raíces), que empieza –según la omnipotente propaganda– cuando tu naces; un desarraigo de los otros, producto de la ruptura o debilitamiento de todos los lazos y vínculos sociales (relaciones) que nos han constituido y forman parte, hasta ahora, de nuestra naturaleza: sin lazos, sin vínculos, los demás (fuera de mi pequeño círculo) terminan siendo para mí indiferentes («¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?»); un desarraigo del sentido, del Misterio, de Dios.

Cuando jóvenes sin redes ni lazos ni vínculos personales y sociales suficientemente sólidos que les sirvan de referencias tienen que afrontar las estructuras de control, de poder y de explotación que se han ido desarrollando en este mundo globalizado, guiado por la voluntad de poder y lucro, la consecuencia es que se convierten en despojos de la inequidad y la exclusión o en esclavos de las nuevas idolatrías del revolucionario proceso de vigilancia y control que está llevando a cabo el neocapitalismo a nivel global. La impotencia, la incertidumbre permanente, la desorientación, la desesperanza, el vacío y miedo son

un cóctel suficientemente agresivo y violento como para destruir a cualquiera.

El desarraigo de los otros

Para entender la vida de los jóvenes hasta que los consideramos adultos se ha hablado tradicionalmente de cuatro procesos de socialización muy claramente definidos: la familia de origen (socialización primaria); la escuela (socialización secundaria); la pandilla de sus iguales, con los amigos, con los jóvenes de su misma edad y generación; y el cuarto, con su inmersión en el mundo laboral. Podríamos añadir un quinto espacio: la iglesia, el templo, la religión, uno de los ámbitos de socialización complementarios más importantes y totalizantes. Esas estructuras sostenían los procesos de socialización, es decir, el desarrollo personal en coexistencia y convivencia con los demás.

La devastación de la familia

La familia, con seguir siendo la institución más valorada por todos, incluidos los jóvenes cuando se les pregunta, ha sido hasta tal punto devaluada y denostada, que nadie sabe a ciencia cierta de qué estamos hablando cuando la nombramos.

El punto de partida de cualquier familia, históricamente, ha sido el matrimonio. Es decir, el compromiso estable e institucional y público (no meramente subjetivo) que procedía de un previo compromiso personal derivado del amor totalizante, exclusivo, y cargado de plenitud que habían descubierto un hombre y una mujer. Este compromiso, que se traducía en un hogar-familia, ha sido uno de los datos antropológicos más invariables del desarrollo de cualquier sociedad a lo largo de la historia. Una realidad que ya con la aparición del cristianismo se renovó dotando a las mujeres y a los niños de una dignidad esencial e idéntica a la que se le daba al hombre. Dignidad de la que carecía en el pensamiento de la antigüedad y en otros pueblos no cristianizados.

El aprecio de los pobres, del pueblo, del propio movimiento obrero en su etapa societaria, e incluso de corrientes ideológicas antiautoritarias y libertarias, del matrimonio y de la familia, «como la piedra angular de todo el edificio social», es innegable.

Por resumir, la familia ha sido y es la fuente de unas experiencias fundantes y personalizadoras que ninguna otra institución que se lo ha propuesto ha llegado a rozar: acogida incondicional personal y

personalizadora, cuidado y protección sin contraprestación alguna por parte del niño. La relación mujer-hombre se convierte en fuente de solidaridad profunda, en un vínculo fuerte y poderoso para afrontar la vida. El padre desarrolla un amor-vínculo con el hijo. La madre desarrolla un amor-vínculo con el hijo. El hijo a su vez, con el padre y con la madre y con los hermanos. Experiencias que están en la epigénesis de todo el desarrollo físico, intelectual-cultural, emocional-afectivo y moral-espiritual. El sentido de la responsabilidad hacia los demás que genera esos vínculos ha sido a su vez la fuente primaria de todo el desarrollo institucional social. Parece más que evidente que cuando la degradación y demolición premeditada de todo lo que fundamenta a la persona pasa, además, a ser comprendido y asumido por la mentalidad dominante como «un bien», asistimos a un desafío sin precedentes.

El «amor» se ha convertido en un fenómeno meramente emocional-sentimental que se compra, se vende o se «hace» (a la copulación sexual se le llama «hacer el amor»). El padre, en el imaginario cultural progresista (y la industria cinematográfica postmoderna), es más que nada una figura abominable por dominador, autoritario y maltratador. El único padre aceptable, según el nuevo canon hollywoodense es el homosexual o el que se comporta como una madre bis. La madre y la maternidad también son un lastre inaceptable para la autorrealización personal y profesional, o es la «guinda» de ese mismo proyecto autónomo (autónomo también de cualquier figura paterna o de varón dominante). El hijo, cuando no es «un deseo» (o un capricho) se convierte en un problema y una carga. Para ser llevadera esa carga debe incluir en su origen la etiqueta de «deseado», es decir, elegido según la voluntad que impere en el momento en el que se toma la elección (que puede variar, por supuesto). La familia pasa a ser, si llega a ser, una mera cooperativa de egoísmos mutuos que debe y puede ser remplazada por otra si, a juicio de alguna de las partes, la cooperativa no funciona y no «produce» los elementos materiales (seguridad material) e inmateriales (seguridad y calidez afectiva) que se desean o proyectan.

Orfandades

Desde el punto de vista de la socialización en la familia, el fenómeno que podría definir la situación de la juventud es el de la orfandad. Una orfandad en el sentido literal del término, procedente de las

múltiples injusticias que han arrebatado a los hijos de sus padres y a los padres de sus hijos (guerra, hambre, migraciones forzosas, explotación y esclavitud, violencia...). Y una orfandad, también real, que reviste además un carácter fenomenológico: la que viven los hijos «abortados»; la que experimentan los «hijos no queridos» o «no deseados» pero tenidos; la que sucede cuando los hijos son abandonados por su padre (padre ausente) y su madre se queda sólo con ellos asumiendo todo el peso de la supervivencia y de la culpa por no poder atender debidamente a sus hijos; la que tiene lugar con los hijos que no pueden contar ni con su padre ni con su madre porque están destruidos en las dinámicas de las adicciones, del alcohol y las drogas; la que viven de hecho los hijos cuando los padres están ausentes de los hogares porque sus «horarios» de trabajo les impiden un tiempo de cuidados, apoyo y convivencia adecuados; la orfandad de los padres y los hijos presentes viviendo cada uno su vida, su proyecto individual: los hijos de la laxitud, del «dejar hacer», o del «haz lo que quieras», que es una de las formas más criminales de abandono; la orfandad que se mece con dispositivos digitales invadiendo todas las estancias de la casa y los bolsillos de los padres y los hijos preadolescentes; la orfandad que sufren también los hijos sobreprotegidos y mimados, los «muy deseados», que acaban siendo la prolongación de otro deseo (o capricho) que asfixia y corrompe a la larga los vínculos con los padres.

Una orfandad que comporta soledad, déficits afectivos e intelectuales, déficits culturales, trastornos y patologías en la salud física y mental. Orfandad que demanda su «compensación» en estructuras seudofamiliares que cubran sus necesidades de aceptación, pertenencia y protección.

La devastación de la escuela

Es innegable que, en las condiciones en las que se desarrolla la vida de las familias, pudiera ser una institución compensatoria subsidiaria muy importante. Pero también es evidente que la escuela cada vez está más condicionada por las ideologías de turno y las demandas de la economía neocapitalista tecnológica.

La prueba más irrefutable de este contubernio escuela-estado-mercado es que el nivel del fracaso y el abandono escolar, procedente precisamente de los hijos de las familias que padecen las mayores injusticias, no ha disminuido prácticamente con ninguna ley educativa. Eso sin contar que el «éxito»

de los que pueden acabar todo su plan de estudios (de la escuela infantil a la universidad y másteres posteriores) consiste en pasar a estar al servicio, con sus profesiones y sus títulos, de los intereses de este capitalismo de descarte (el que paga, manda) y no al servicio de las necesidades reales de la sociedad.

El proceso de adquisición de las competencias necesarias para el sistema económico, para el que todo el sistema educativo trabaja, conlleva la identificación de los alumnos con los objetivos y los valores de este mismo sistema. La competencia salvaje por entrar en el «mercado de trabajo» que viene definido por el campo de juego de las grandes empresas (el Estado es una de ellas), son evidentes. La condena al mundo de la economía informal y negra de los «no aptos» también.

Podemos hablar de los que aún ni siquiera han accedido a la escuela (donde la mayoría además son niñas). Pero podemos hablar igualmente de los que tras su paso por la escuela difícilmente saben «leer y escribir», es decir, entender el mundo y expresarse en él. El fracaso supone una primera experiencia de exclusión social. Una experiencia que marca tu autopercepción de la vida y el mundo. Porque quien detenta el «poder» de darte las «credenciales» para poder tener un empleo y, en consecuencia, un «valor social», te lo ha negado. Y pasas a formar parte del reino de los «incompetentes» que, además, han desaprovechado la oportunidad que la sociedad generosamente les ha brindado.

La devastación del grupo de iguales

En el proceso de socialización de los jóvenes, sobre todo llegados a la preadolescencia (10-11 años), está indudablemente marcado en este momento por su inmersión en las redes sociales, por una tecnología cada vez más invasiva. El gran objeto «simbólico» de esta constelación socializadora es el móvil (el smartphone). Este contexto, qué duda cabe, está condicionando de forma muy clara su forma de aprender, su desarrollo cognitivo, su forma de pensar, razonar, expresarse y hasta de sentir. Pero también está modificando, y no poco, su identidad y sus formas de relacionarse con los demás.

Formar parte de una red es generar una identidad que se basa fundamentalmente en la imagen y las interacciones, en busca de los «likes» y de la aceptación del grupo. La conexión permite un intercambio continuo de experiencias vitales, de sentimientos, de emociones que experimentas. Estar permanen-

temente conectado también genera una exposición y transparencia que raya el exhibicionismo y promueve el narcisismo. Esta transparencia, que es la materia prima del capitalismo de la vigilancia, los hace tremendamente vulnerables. El mercado de la «conciencia» obtiene gratis el caudal de los deseos de los jóvenes (y de los nuestros) que permite a los analistas del Big Data el logaritmo que dirigirá definitivamente el comportamiento social. Ni el conductismo soñó con este maná.

La tecnología ha producido en la sociedad un proceso de individualización y desconexión con los adultos de referencia (ya sean padres o profesores) que hace a los jóvenes aún más vulnerables y frágiles, en todos los sentidos, frente a cualquier influencia, moda o ideología que sea necesario inocular por los mediadores de las élites que dirigen el poder (ya sea Estado o Mercado). Fragilidad y pobreza intelectual, fragilidad emocional (soledad), relaciones y vínculos líquidos, superficiales, desconexión con los adultos próximos que pudieran ser referencias, generan jóvenes muy vulnerables. La manipulación, incluso la colonización, de la conciencia a través de la información, los conocimientos seleccionados, las formas de vida y la oferta de «sentido», son objetivos planificados y diseñados.

El segundo fenómeno referido a la socialización entre iguales es el de las bandas. Las pandillas de amigos siempre han sido fundamentales y han constituido uno de los entornos básicos en los procesos de desarrollo personal. El problema surge cuando estas pandillas nacen de la fragilidad y la desestructuración y el fracaso de la familia y de las instituciones subsidiarias de la familia. El fenómeno de las bandas juveniles mafiosas y criminales organizadas, ya muy estudiado en las periferias de las grandes urbes mundiales, va asociado precisamente a esa sucesión de pérdidas y constituye, si se quiere, un extremismo que nos ayuda a proyectar qué supone el fracaso de la socialización primaria y secundaria.

La devastación del trabajo

El cuarto estadio de los procesos de socialización, el que marca el paso al mundo adulto, es la inmersión en el mundo laboral. La lacra laboral más ignominiosa de nuestro siglo es la esclavitud infantil. Lacra que retrata también la degradación del sindicalismo y la inoperancia de los organismos internacionales dedicados a la infancia. Decimos esclavitud porque que cerca de un 25% de la infancia en el mundo esté forzada a entrar en los circuitos de

producción y explotación tanto del trabajo formal como del informal es ni más ni menos que una condena a la esclavitud y a la servidumbre de por vida.

Junto a ella, otros tres fenómenos están viviendo los jóvenes que ya han sobrepasado la adolescencia: el retraso en la edad de emancipación de los hogares familiares, e incluso el de la vuelta a los mismos de una parte de jóvenes que ya se había emancipado; la precariedad unido a la presión por el «autoempleo» o emprendimiento; la movilidad forzosa, con frecuencia consecuencia de la precariedad y de la concatenación de empleos.

La posibilidad de que un joven pueda tener en su horizonte vital un proyecto de familia es casi nula. La de poder alcanzar una relativa independencia de su familia de origen, y con ello asumir más responsabilidades, se atrasa o incluso sufre regresiones cuando se ha intentado.

Lo que asombra hasta el extremo, y lo que dice mucho del proceso de degradación cultural y moral de nuestra sociedad, es la adaptación y el conformismo y hasta el optimismo con el que la propaganda ha convencido a los jóvenes para acatar un orden tan inmoral. Se asume que el problema (si no trabajas) es individual. Se asume que «si lo sueñas, y lo deseas, trabajando y con esfuerzo lo consigues». Que si quieres trabajar debes ser empresario y emprendedor. Y que, si fracasas, el problema es tuyo. Se asume que el horario y la movilidad en tu vida estén marcadas, y menuda suerte, por los condicionamientos que tiene tu trabajo precario y tus anémicos ingresos.

Como contrapartida, el joven debe dejar de hablar de la importancia del trabajo, del valor que tiene en la vida de las personas la vocación profesional y de cómo puede ésta darle un sentido a tu existencia: un sentido solidario, de servicio a los demás y a la sociedad. Se les vende la ampliación del espectro de «los derechos subjetivos» (sobre «su» cuerpo, sobre todo), los que no se corresponden con ningún deber, y a cambio, debe aceptar ser un esclavo o un descartado de la organización económica que necesita este capitalismo que se viste de humanitario, verde y sostenible.

El desarraigo de sí mismos

La revolución sexual de los años 60 y la ideología de género suponen un nuevo paso adelante en la desvinculación y en la separación de «cuerpo sexuado»



Joven madre picando piedra mientras cuida de su bebé. Madagascar, 2017. Fotografía: M. Crozet, © Copyright ILO

y «sujeto». Ya se había normalizado y normativizado la separación del sexo de la procreación, del matrimonio y del amor (entendido como compromiso por el máximo bien del otro, con sentido de la responsabilidad). Aparece ahora el propio cuerpo del joven, de ese joven vapuleado y desorientado por el proceso descrito, como el territorio de la «libertad», de la decisión. El cuerpo como mero material biológico a usar y modificar al servicio de los propios intereses y proyectos.

Con la expresión «ideología de género» nos referimos a un conjunto sistemático de ideas, encerrado en sí mismo, que se presenta como una teoría científica respecto del sexo y de la persona. Su idea fundamental es que el «sexo» sería un mero dato biológico: no configura en modo alguno la realidad de la persona. Lo que existiría –más allá del sexo biológico– serían «géneros» o roles que, en relación con su conducta sexual, dependerían de la libre elección del individuo en un contexto cultural determinado y dependiente de una determinada educación, independientemente de su corporei-

dad. De ahí se deriva que se le deban reconocer los mismos derechos a cualquier «género sexual». No hacerlo así, sería discriminatorio y no respetuoso con su valor personal.

La manipulación de la naturaleza, curiosamente deplorada por el ecologismo cuando se refieren al Medio Ambiente natural, se convierte aquí sin embargo en la opción de fondo respecto a nuestra propia naturaleza. Si el «cuerpo» no es más que una «realidad biológica» desvinculada del espíritu y la voluntad que deciden (¿inmaterialmente?) sobre ella, el dualismo asoma por todas partes. El joven juega a ser Dios, creador de sí mismo y, por lo visto, dotado (no se sabe de qué inteligencia) para imponer Su Voluntad y Su Proyecto para todo lo creado. La aceleración de los avances tecnológicos y biotecnológicos convierten ese «deseo» en una posibilidad tangible. Ideología de género y cientificismo tecnológico convergen en una propuesta.

La ideología de género ha ido derivando, con su propia lógica en el movimiento *queer* (género performativo, que se construye constantemente, de forma variable según la decisión circunstancial del sujeto) y la teoría *cyborg* (organismo cibernético, híbrido de máquina y organismo biológico) y las propuestas transhumanistas y posthumanistas. Y llegados a este punto, el propio feminismo clásico se ha llevado las manos a la cabeza (cfr. *Christus vivit*, 81)

El desarraigo de Dios

El proceso de secularización, descubrimiento de la autonomía de las realidades que podríamos llamar naturales o de orden temporal, desemboca, por la lógica del propio pensamiento de la ilustración, en secularismo o laicismo. En un primer momento, Dios queda recluido a la vida privada, patético consuelo psicológico. Pero un Dios que no tiene nada que ver con la vida o que anda en paralelo a ella se convierte en un Dios inútil y hasta dañino para la propia autonomía del hombre.

El antropocentrismo y la consiguiente expulsión de Dios parecen entronizar al sujeto y hacer posible que, dueño plenamente de su propio destino, pueda construir un paraíso en la tierra. Sin embargo, los infiernos reaparecen y se refuerzan una y otra vez. El materialismo «ilustrado» ya sea liberal o marxista desemboca en la práctica en dos de las experiencias totalitarias más abominables de la historia: nazismo y comunismo soviético y chino.

El recorrido desde ambas experiencias a la actualidad atraviesa una etapa existencialista trágica, desesperada, que deviene en nihilismo. El vacío que deja el Dios personal, rechazado por el nihilismo o encerrado en la vida privada, es rellenado por una espiritualidad sin rostro, de corte sincretista, una mezcla de cristianismo y *New Age*, con «dioses» y «energías» para todos los gustos. Del cruce entre mitología y tecnología, que tanto atrae a los jóvenes en toda la literatura, los videojuegos o el imaginario cinematográfico, nace lo sagrado moderno.

Ha pasado la época tanto del ateísmo clásico como de los mesianismos utópicos y marxistas, religiones políticas a la postre. El retorno al paganismo (neopaganismo lo denominó Benedicto XVI), con su huida de la condición mortal (la eterna juventud), con sus paraísos, con su empoderamiento y divinización de una raza superior del hombre (¡Hay que ver qué actualidad tienen los superhéroes de Marvel y las sagas de superhombres!), con sus corrientes gnósticas tipo *New Age*, constituyen el universo «religioso» de un importante y cada vez mayor número de jóvenes. El nihilismo de la indiferencia y la desesperación tampoco anda flojo de seguidores.

Una cultura de muerte

Nuestros jóvenes afrontan una cultura de muerte que los lleva a la destrucción. Sin raíces y sin perspectivas de un futuro que ofrezca una oferta de sentido (algo que nos ayuda a ser mejores y más felices como personas), la desorientación y la frustración deben encauzarse. Hay que señalarles los «territorios» en dónde les es autorizado ejercer la libertad. Este itinerario que se oferta a los jóvenes es el camino de la apropiación de todo y de todos para aplacar la incertidumbre y la inseguridad; es el camino del éxito, el prestigio y el reconocimiento, es el camino del empoderamiento; es el camino de la búsqueda de la felicidad a través de la dictadura del sentimiento subjetivo, el placer instintivo y del deseo, del «mundo virtual» y del propio cuerpo como territorios dónde desplegar todas nuestras frustraciones y reconstruir nuestro mundo ideal. Este camino transita, desde siempre, entre la euforia del momento vivido en la «fiesta» (botellón, concierto o sexo) y la frustración que saboreamos al volver a la rutina de la realidad (resacón) y experimentar, a cada paso, nuestra impotencia, nuestra soledad, nuestra tristeza.

Un itinerario formativo que se configura no sólo desde instancias institucionales (siendo la familia

y la escuela las más evidentes) sino, y, sobre todo, desde instancias no-formales (propuesta asociativa financiada por entidades estatales, fundaciones, ONGs y entidades privadas) e informales: ambientes. El mundo del ocio y del consumo, el mundo de los medios de comunicación y las redes sociales, los espacios urbanos para jóvenes, el mundo de las «bandas»... Sí que hay una mentalidad dominante, un humus ideológico, un espíritu concreto, unos «valores» culturales... en estas instituciones y en estos ambientes. No hay «neutralidad». En el «aire» (ambientes) que respiramos todos (al que son bien sensibles los jóvenes) hay unas informaciones (y no otras), unos conocimientos valiosos (y no otros), unas propuestas de estilo de vida (y no otros), unas ofertas de «verdad», «felicidad» y «libertad» (y no otras). La apariencia, tan buscada y vendida, de diversidad forma parte del marketing. No hay más que cuestionar determinados «dogmas» para sentir que el pluralismo tiene unos muros difíciles de franquear.

Sed de sentido

En el hecho tangible de este enorme vacío, de esta herida, de este sufrimiento que conduce a muchos jóvenes a la autodestrucción (incluido el suicidio) se manifiesta, en lo profundo del corazón, una sed de espiritualidad, de sentido, de autenticidad, de verdad. En el trasfondo de todo, el gran desafío de los jóvenes (y de los adultos) es una vida que pide, busca, exige, reclama, grita necesidad de sentido. De un sentido que la plenifique y la llene de la felicidad y la alegría que todos invocan.

Vitalidad y fortaleza, ganas de vivir, búsqueda de experiencias de autenticidad, de coherencia y proyección en el futuro son signos inequívocos de juventud que contienen en sí mismos un bien que debe cultivarse con inteligencia, afecto, paciencia y perseverancia.

Desde el punto de vista apostólico tenemos el reto de actualizar para nuestra época la estrategia de comunión-solidaridad que la Iglesia ha vivido y custodiado desde su origen y que tan entusiastamente nos ha transmitido por el apostolado militante laico. La propuesta de Jesús, de la Solidaridad vivida en pandillas de amigos –jóvenes unidos por lazos de verdadera amistad– con el horizonte en la Fraternidad, la de su mensaje de Justicia (el Reino de Dios), la oferta del Amor de servicio, de entrega, sacrificada y desinteresada que nos propone en el Mandamiento Nuevo. ●

Romper el hechizo que oculta lo sagrado

Marta Lobatón

En la tarea evangelizadora de los jóvenes (en pureza, en toda tarea evangelizadora) hay un enemigo invisible: las mentalidades que crean nuestras formas de vida. Formas de vida que, por cotidianas, nos impiden darnos cuenta de cómo extirpan nuestra capacidad para acceder a lo sagrado. Los científicos sociales están cada vez más atentos a este fenómeno, también abordado por el magisterio de la Iglesia e intuido por los militantes cristianos pobres. ¿Cómo romper este “hechizo” que hace desaparecer la trascendencia? Es lo que tratamos en este artículo.

La desaparición de lo sagrado

La modernidad y la Ilustración se relatan como una historia de éxito. El triunfo del pensamiento racional frente a las tinieblas, el oscurantismo, en que vivían las épocas pretéritas.

Las dos grandes ideas-fuerza de la modernidad, la razón y la libertad, se han desligado, por así decirlo, de Dios para hacerse autónomas y cooperar en la construcción del «reino del hombre», prácticamente opuesto al Reino de Dios. (Benedicto XVI, Discurso a los universitarios romanos, dic. 2007)

Pero la razón, el pensamiento humano, tras dar la espalda a lo sagrado y ciega, por tanto, a la presencia de Dios en la persona, en el mundo y en la historia, hubo de admitir sus limitaciones y comenzó a deconstruir sus propios logros: la verdad, quedó limitada a lo que podía aportar el materialismo científico; el bien quedó diluido en nihilismo relativista; la belleza, separada de la mano de sus dos compañeros de viaje, perdió su sentido humanizador a la par que revelador del misterio.

Cuando Dios se eclipsa, nuestra capacidad para reconocer el orden natural, el propósito y el «bien» comienza a desvanecerse. Lo que se promovía ostentosamente como ingenio humano pronto se manifestó como insensatez, codicia y explotación egoísta. Y así nos fuimos haciendo

cada vez más conscientes de la necesidad de humildad ante la delicada complejidad del mundo de Dios (Benedicto XVI, Discurso a los jóvenes, Sídney, jul. 2008)

Pero tales derrotas de la razón fueron asumidas como logros por el posmodernismo. Se contemplaron como nuevas formas de «verdad» y «libertad». Verdad que consistía, paradójicamente, en la imposibilidad de alcanzarla más allá de la ciencia empírica, tan limitada en su método y objeto. Libertad concebida como autorrealización de la propia voluntad aun a costa de los demás –voluntad de poder–.

El hechizo del mundo

Lo más grave es que tal universo conceptual moderno y posmoderno no está reservado a los filósofos e «intelectuales» (aunque ellos le den forma). No. Lleva asociadas, pues las legitima o, incluso, las fomenta, estructuras económicas y políticas y las formas de vida acordes a ellas. Tales formas de vida, a su vez, configuran –mediante su ejercicio cotidiano– mentalidades, formas de pensar que suprimen lo sagrado del mundo.

En efecto, el triunfo del capitalismo y del liberalismo, y las formas de vida a ellos asociadas han crecido en simbiosis con las concepciones culturales (cosmovisiones) modernistas, ilustradas, posmodernas, alimentándose mutuamente, creando formas de vida que suprimen lo sagrado. Se trata de formas de vida explotadoras o autoexplotadoras, insolidarias, consumistas, hedonistas, superficiales... opuestas a la cosmovisión cristiana.

Los científicos sociales están cada vez más atentos a este fenómeno de las formas de vida que nos hechizan haciendo desaparecer nuestra visión de lo sagrado en el mundo. Mostramos cuatro ejemplos de lo afirmado.

En primer lugar, los propios principios básicos del capitalismo (el derecho a vender, comprar y arrendar cualquier cosa, incluido el trabajo humano, en los términos fijados por el mercado y el de acumular libremente el capital resultante) incorporan en sí una

concepción desacralizada del mundo que se traslada a la forma de vida y de ahí a la mente de todos los que vivimos en este sistema económico. El científico social austriaco Karl Polanyi, expuso en el siglo pasado (*La Gran Transformación*, 1944) cómo la mercantilización capitalista de la tierra y del trabajo fue acompañada en lo cultural de una abolición de lo sagrado: la subordinación al mercado tanto de la santidad de la vida (venta del trabajo –dignidad de la persona– por un salario) como del vínculo ancestral con la tierra/naturaleza (venta de la propiedad vinculada a la propia esencia de la familia o de la comunidad). El trabajo/persona y la tierra/naturaleza se convierten, *ipso facto*, en meros «factores productivos» o «capital humano» y «capital inmobiliario». Más que cualquier otro sistema económico, el capitalismo de libre mercado debilita las relaciones sagradas de las personas entre sí (relación aprendiz-maestro) y las de estas con la naturaleza (la tierra que cultiva el agricultor, los objetos que produce el artesano), porque las priva de su significado profundo (relaciones humanas, vocación profesional, vínculo con la naturaleza) y privilegia, en cambio, un valor abstracto basado en el «precio» (el salario o el precio de la «mercancía»). Sin olvidar que todo este proceso se desarrolla con el apoyo del Estado y mediante el ejercicio de la coerción (desamortizaciones de bienes comunales o de los Monasterios, prohibición de los gremios y sindicatos, etc.).

En segundo lugar, el triunfo de la ciencia y de la técnica, con su extraordinaria capacidad de control de cuanto nos rodea, unido, como acabamos de decir, a la mercantilización de toda la realidad propiciada por la sociedad de consumo –que hace de cualquier cosa o persona un bien o servicio accesible a quien pueda pagarla–, elimina nuestra capacidad de establecer una relación de misterio (sagrada) con el mundo y, lo que es más grave, con los demás. El sociólogo alemán Hartmut Rosa (*Lo indisponible*, 2018) observa cómo «La construcción sociocultural de la modernidad nos orienta a hacer controlable el mundo. Nos vemos forzados estructuralmente (desde fuera) y culturalmente (desde dentro) a convertir el mundo en algo que hay que conocer, apropiarse, dominar y controlar. Y, a menudo, no se trata solo de poner las cosas a nuestro alcance, sino de hacerlas más rápidas, más fáciles, más baratas, más eficaces, menos resistentes, más controlables». En un mundo donde toda la realidad se «cosifica» mediante el control que ejercemos, dejamos de sentirnos afectados por lo que nos rodea. Los seres humanos y los objetos ya no son intrínsecamente importantes, sino que están disponibles exclusivamente para nuestro uso. Nada ni nadie posee un misterio o

un atractivo intrínseco. Esta percepción del mundo lo vuelve un lugar inhóspito y agresivo, pues cuando el mundo «se resiste» (las cosas no salen como queremos) es percibido como un mal funcionamiento, una afrenta hacia nuestro «derecho» de dueños y señores.

Sin embargo, dice Rosa, los seres humanos no están hechos para experimentar el mundo como aquello que hay que controlar, sino como aquello con lo que hay que relacionarse y «vibrar»: el mundo debe «resonar» en nosotros. Como el niño que ve nevar como un momento mágico frente al adulto que piensa «ahora me toca quitar la nieve». Esta «resonancia» depende de una cierta «incontrolabilidad». La relación resonante siempre nos llega como un regalo. No podemos hacer que alguien se enamore de nosotros, como no puedo «controlar» las formas y el momento preciso en que una relación me transformará. Las relaciones resonantes requieren tiempo y espacio, una cierta apertura a la existencia que el deseo obsesivo de control hace peligrosamente imposible. Esa resonancia es, en última instancia, una disposición religiosa. La creencia en Dios expresada a través de la oración es una apertura a una relación resonante trascendente. La duda moderna se debe a un mundo cada vez menos resonante, a la introducción de la técnica de la Ilustración en todos los modos de conocimiento.

En tercer lugar, la dinámica de pensamiento inducida por las nuevas tecnologías impide a nuestros jóvenes disponer de una vida mental interna con la sofisticación necesaria para descubrir lo trascendente y lo sagrado. En 1998, la escritora norteamericana Linda Stone, trabajando como consultora de Microsoft, acuñó el término «atención parcial continua» para describir el modo en que los niños prestan atención a sus dispositivos digitales y, posteriormente, a su entorno. En 2010, el profesor de Comunicación de Stanford, Clifford Nass, pudo afirmar que, según sus investigaciones, las personas que habitualmente realizan varias tareas a la vez (*multitask*) –lo que ocurre cada vez que manejamos nuestros teléfonos móviles interrumpiendo una tarea– «no pueden filtrar lo irrelevante, no pueden gestionar una memoria de trabajo, están crónicamente distraídas, ponen en funcionamiento partes de su cerebro que son irrelevantes para la tarea que tienen entre manos... son prácticamente unos despojos mentales» (recogido en Cal Newport, *Centrarse: las reglas para el éxito en la era de la distracción*, 2016). Es decir, el mundo moderno crea personas agitadas y poco atentas a lo esencial, que reaccionan en lugar de reflexionar. Su vida interior no es más que una caja de resonancia de aquellas voces

que suenan más fuerte a su alrededor.

En cuarto lugar, la multitud de opciones de la vida moderna (al menos las teóricas que nos ofrecen los medios de comunicación de masas o las virtuales que nos proporciona la tecnología), así como el cuestionamiento posmoderno de casi todo, hace entrar a los jóvenes en el estado mental que el escritor norteamericano Pete Davies (*Compromiso*, 2021) denomina «modo de navegación infinita» en referencia tanto simbólica como literal al estado que generan las casi infinitas posibilidades de elección de quien navega por Internet. En este «modo» (mental) es posible mantener todas las opciones abiertas, sin comprometernos con ninguna de ellas, o posponer las decisiones indefinidamente: las comunidades a las que pertenecemos, las identidades que asumimos para relacionarnos, las ideas en las que creemos o las causas con las que comprometernos se pueden mantener en estado «líquido» (en el sentido de Zygmunt Bauman), es decir, sin «tomar cuerpo», en «suspensión». La «recompensa» de este modo de navegación infinita es conservar la flexibilidad o libertad para cambiar de opinión (¡ya que no la hemos tomado!), de mantener intacta nuestra «autenticidad» (¡al no decidir, no hay posibilidad de equivocarnos!), de conservar todas las posibilidades de novedad y de asombro (al no estar lastrados por compromisos previos que nos impidan seguir buscando: todo es nuevo). Estas «recompensas» quedan muy bien descritas por Davies con dos acrónimos: YOLO (por *you only live once*: solo se vive una vez) y FOMO (por *fear of missing out*: miedo a perdernos algo).



En este terreno, ante la dignidad sagrada de la persona que se nos revela, solo se puede pisar con los pies descalzos. Niño con sus hermanitas en una chabola de Lima, Perú. Fotografía: Crozet M., © Copyright ILO

Esta incapacidad de comprometernos no nos hace más felices: Davies cita la «paradoja de la elección», explicada por el psicólogo Barry Schwarz: cuantas más opciones se tienen para elegir no se está más satisfecho, sino menos, por la inseguridad que nos genera esta multitud de opciones que puede llegar, incluso, a bloquear nuestra capacidad de decisión. Pero, peor aún, nos impide aproximarnos a la verdad profunda de las cosas, a lo sagrado del mundo pues esta proximidad requiere la toma de decisiones, de la asunción de riesgos, de la entrega de nuestra confianza, de nuestra fe.

Supermercados de la trascendencia

Sin embargo, la necesidad de trascendencia, la necesidad de ir a las fuentes del bien, de la verdad, de la belleza, no puede ser extirpada del corazón humano —menos aún del corazón del joven—.

Nuestro corazón inquieto busca más allá de nuestros límites, en alas de nuestra capacidad de pensar y amar: pensar y amar lo inconmensurable, lo infinito, la forma absoluta y suprema del Ser. [...], buscamos el significado verdadero de la vida. Nos maravillamos y nos preguntamos, ¿por qué? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué existo? ¿Qué debo hacer? (S. Juan Pablo II, Vigilia de oración con los jóvenes, Denver, 1993).

Por ello, el sistema hace inagotables propuestas para llenar este vacío. Muchas de ellas son pura quincalla, las luces de neón (o de led) con que los embaucadores, conscientes de sus necesidades, han seducido siempre a sus víctimas. Así lo prueban la actual hiperabundancia de películas y de series sobre el más allá o el triunfo del ocultismo, de los orientalismos y de todo aquello que pueda responder a ese «algo más» que nuestro corazón anhela. También a la Ilustración siguió como reacción el romanticismo y no es casual que en este beban un buen número de estas modernas fantasías (vampiros, zombis, fantasmas, amor emotivo y enfermizo...).

Otras propuestas vienen directamente de las instancias de poder, que disponen de sus propios cauces institucionales (leyes y planes educativos, prestaciones sanitarias...) para ofrecer el sucedáneo de trascendencia propio de la posmodernidad: la autorrealización personal basada

en la experimentación sobre el cuerpo y las posibilidades de crear nuevas identidades, aun a costa de la mutilación física o psíquica. Cuentan para ello con la colaboración voluntaria de la industria del espectáculo que tiene a su cargo un potente aparato legitimador y domesticador (HBO, Netflix, Amazon, Disney...).

Miradas que rompen el hechizo del mundo

¿Pueden los jóvenes oír a la Iglesia que los convoca y su buena noticia cuando sus modos de vida (realmente vividos por algunos, tan solo deseados y soñados por otros) son los propios del capitalismo y de la sociedad científica técnica que los hechizan, impidiéndoles reconocer la dimensión sagrada del mundo? ¿Pueden oírla, si están convencidos de que no existe nada más allá de la materia que dominamos y de los servicios que adquirimos de otras personas...? ¿Pueden oírla, si les embaucan los sueños que nos proporciona la industria del espectáculo o que nosotros mismos nos podemos construir?

Hay, sin embargo, espacios sagrados –tierra sagrada– donde puede hacerse el silencio, en los que no resuena tan fuerte el ruido del mundo; que no pueden ser tan fácilmente contaminados con la vulgaridad del capitalismo que todo lo convierte en mercancía, ni con la soberbia científica que todo lo quiere someter a control; donde no tiene fácil entrada la quincalla de la industria de la fantasía y del hedonismo o de los autoengaños identitarios...

Uno de estos espacios es el rostro del otro (rostro tras el que está siempre el radicalmente Otro), el lugar del verdadero encuentro humano. Lugar que puede coincidir con la familia donde habita el amor. También con la verdadera amistad que desvela la necesidad que los seres humanos tenemos de abrirnos honestamente a los demás y dejar de hacer girar nuestra vida en torno a nuestro propio egoísmo. Y nadie encontrará un amigo si es incapaz de descentrarse, de encontrar en el otro no la proyección de sus aspiraciones y caprichos, sino el reconocimiento de otro yo que debe ser aceptado íntegramente (resonando en nosotros). La posibilidad de la amistad con el otro nos abre también a la posibilidad de una amistad social, que va más allá del rostro concreto con el que hemos establecido relaciones. En el misterio del otro está también el misterio de Dios.

El otro espacio, que coincide en parte con el anterior y que nos abre a la trascendencia, se ubica, usando palabras del papa Francisco, en las «periferias existenciales» de la debilidad y el dolor. Es el lugar donde están los enfermos y los moribundos, los empobrecidos,

explotados y descartados por el sistema neocapitalista dominante–, los silenciados sin derecho a réplica, los encarcelados y los torturados por las dictaduras de distinto signo dispersas por el mundo. En este espacio hay también muchos jóvenes. Son territorios de dolor y sufrimiento y, por ello, existencialmente inmunes a la superficialidad ramplona del materialismo y del relativismo, pues allí el Señor está presente, en carne viva, crucificado. En este terreno, ante la dignidad sagrada de la persona que se nos revela, solo se puede pisar con los pies descalzos. Tal vez con el corazón contrito por la culpa y el horror, pero, por eso mismo, más abierto a la misericordia divina. Como dijera santa Catalina de Siena, «nada grande se consigue sin sufrimiento».

La pasión de Cristo en la cruz ha dado un sentido radicalmente nuevo al sufrimiento, lo ha transformado desde dentro... Es el sufrimiento que quema y consume el mal con la llama del amor... Cada sufrimiento humano, cada dolor, cada enfermedad contiene una promesa de salvación... El mal... existe en el mundo también para despertar en nosotros el amor, que es un don de sí mismo... a los que son visitados por el sufrimiento... Cristo es el Redentor del mundo: «Por sus llagas somos curados» (Is 53, 5) (san Juan Pablo II, Memoria e Identidad, 1981, pp. 198 ss.).

Ahí debemos estar, como Iglesia, con nuestro corazón latiendo (resonando) con caridad y esperanza con los pobres de la tierra: los débiles, los enfermos y los tristes; los descartados, los explotados y los silenciados –es decir, con Cristo crucificado–. De modo que, de acercarse los jóvenes a esta tierra sagrada (o quizá porque ellos mismos son los que mayoritariamente la habitan), puedan latir sus corazones con el corazón de Cristo y descansar la cabeza sobre el pecho de Jesús, como hizo Juan, el –joven– discípulo amado.

Esa triple mirada: del otro, de los pobres, de Cristo, puede romper el hechizo del mundo y, al recobrar esta toda su dimensión sagrada, invitarlos a comprometerse en la gran aventura de construir el Reino de Dios y su justicia.

No a las movidas burguesas, no a las drogas de alienación, no a la disociación, no a la insolidaridad. Sí a la asociación, sí a las noches de reflexión y estudio, sí a la alegría de la lucha contra la explotación del hombre por el hombre, sí al amor solidario de por vida” (Julián Gómez del Castillo, militante cristiano pobre)•

La evangelización de los jóvenes pasa por la familia cristiana

Miguel Ángel Ruiz

Decía san Juan Pablo II: «la historia de la humanidad, la historia de la salvación, pasa por la familia». Jóvenes desarraigados y hechizados por formas de vida que los oprimen y alienan. El mundo –y los jóvenes– necesitan familias santas que actúen como parapeto frente a ese mundo hostil y alienante, siendo transmisoras de cultura cristiana encarnada. No familias aisladas, sino iglesias domésticas insertas en la Iglesia universal: familias misioneras y militantes –en parroquias y en movimientos que vivan la triple comunión de bienes, vida y acción– comprometidas a cambiar el mundo.

La familia como Iglesia doméstica

Es un hecho que somos seres sociales. No solo porque somos personas que viven en sociedad, sino porque nos construimos como tales personas precisamente porque vivimos en sociedad. Es decir, nuestro proceso de individualización como personas, únicas y singulares, requiere de la comunidad: nuestro «yo» es una función de los «otros». Los procesos mentales, tanto cognitivos como emocionales, son, simultáneamente, intrapsicológicos (el yo en el acto de pensamiento y sentimiento) como interpsicológicos (el yo en el acto de comunicación y de amor con otro). Herramientas culturales como el habla (lenguaje) – surgidos en el plano interpsicológico, en la vida social– son esenciales para el propio pensamiento avanzado. El psicólogo ruso Lev Vigotsky llamó al pensamiento «contacto social con uno mismo», un diálogo interior necesitado previamente de la dialéctica que genera la vida compartida.

En la familia se desarrollan de forma natural estos procesos psicológicos, bañados, si la familia no es disfuncional, por el amor, sin el cual, por otra parte, estos procesos de inculturación y personalización no se desarrollan adecuadamente. La familia, por tanto, nos individualiza y socializa a la par. Nuestra identidad queda embebida por la cultura que nos transmite. Esta cultura (mejor o peor) es una herencia de las generaciones que nos han precedido, de sus logros o “descubrimientos” a lo largo de la historia. Pero se trata de una herencia viva, encarnada en las comunidades que la transmiten en cuanto la vivencian.

La familia cristiana tiene una herencia propia de incalculable valor que transmitir. Es el resultado de una historia de salvación que da sentido al pasado, al presente y al futuro de cada uno de nosotros y de la humanidad y que nos abre a la eternidad. Es una herencia encarnada en una comunidad, la Iglesia y, como parte de esta, la familia cristiana, Iglesia doméstica. En la familia, pues, se debe vivir y transmitir esta herencia: la buena noticia (*evangelion*)

de la presencia de Dios entre nosotros, reconocible como Amor. Un Amor hasta el extremo, que nos une profundamente a los demás (la humanidad), en plenitud, hasta el sacrificio (Comunión-Solidaridad) y que abre, por tanto, cada familia a la Iglesia y la Iglesia al mundo, especialmente a los pobres, a los sufrientes.

Como afirma monseñor Chaput, arzobispo emérito de Filadelfia y antiguo miembro del Consejo Pontificio para los Laicos, «Las Escrituras dicen que el amor es “fuerte como la muerte” (*Cantar de los Cantares*, 8, 6). Y tienen razón. No hay nada más persuasivo que la abnegación; el ejemplo, sostenido en el tiempo, de entregarse a otro o por otro, puramente por el bien del otro». Y añade: «Ese tipo de amor, el verdadero, da forma a la vida de un niño. Puede que un día el niño se aleje de él, pero nunca escapará a su recuerdo y sus efectos. Como era de esperar, dado su poder, el amor verdadero también tiene un coste, un coste en incomodidad y sufrimiento. Pero el coste se justifica por la recompensa: el niño formado en la virtud por el amor de sus padres se convierte en un adulto cimentado en una fuerte identidad y una profunda humanidad. Y una persona así es mucho más difícil de dominar».

En un ambiente de amor incondicional, la familia debe ser «un caso», una partícula de ese Amor. De esa comunión-solidaridad que, como ocurrió en la sagrada familia, haga presente –con los hechos, en el día a día– a Cristo, el Dios trinidad (Amor), la Vida a la que se unen los sarmientos. Amor exigente, que se vive como responsabilidad por el otro; que invoca deberes más que derechos; que exige el cultivo de vir-

tudes morales (como disposiciones estables al bien), el combate contra el capricho y los vicios. Amor que se proyecta y hace proyecto hacia el mundo entero, comprometiendo a la familia en su transformación. Este es el ambiente en el que los jóvenes pueden, como Jesús, crecer «en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52).

La cultura católica es, por su propia naturaleza, una cultura que se proyecta hacia la humanidad, como buena noticia, hacia la evangelización. La familia es misionera. Pero en esa buena noticia está incluida la justicia: el Reino de Dios y su justicia. La familia está, en este sentido, en lucha sistemática (militante) por la transformación del mundo (caridad política) para hacer avanzar la Ciudad terrenal hacia la Ciudad celestial, la Ciudad de Dios. La familia cristiana es familia militante.

Esta cultura que la familia transmite, se encarna comunitariamente mediante el rito, especialmente la celebración eucarística, que rememora y actualiza la historia de salvación, de encarnación, de amor sacrificado y entregado de Cristo y, sobre todo, hace presente a Cristo –en carne y sangre–. Presencia sacramental del Dios con nosotros. La Iglesia doméstica no es, por consiguiente, real sin la eucaristía dominical, que se vive con la comunidad, y sin la oración cotidiana. Es más, la familia cristiana solo es real si está realmente presente Cristo, lo que hace de la oración –diálogo con Dios– y de la misa dominical y los sacramentos una piedra angular.

La familia, baluarte frente al mundo

Sin embargo, las investigaciones más recientes señalan que muchos jóvenes criados en familias católicas comienzan a distanciarse de la fe cuando empiezan su educación secundaria (12 y 13 años). Podría decirse entonces que muchas familias católicas no hemos sabido transmitir la fe. Quizá porque tampoco hemos sabido encarnarla en nuestras formas de vida, en nuestras formas cotidianas de actuar, pensar y sentir, o, más bien, hemos ido generando una «doble vida» en la que la parte sustancial de la vida (al menos cuantitativamente) se ha sido acercando progresivamente a la cultura dominante y esta, por su parte, se ha ido haciendo cada vez más incompatible con la cultura católica y las formas de vida que esta reclama. Cuando nos hemos dado cuenta y hemos empezado a «cambiar de vida» era demasiado tarde y los hijos ya se habían conformado en la escuela del mundo. Como a partir de cientos de entrevistas ha podido constatar el sociólogo norteamericano Christian Smith (*Transmitir*

la fe, 2021), el factor principal que predice si los hijos mantendrán su fe es la importancia de las creencias y prácticas religiosas de los padres en sus vidas cotidianas; no solo en los días señalados, sino todos los días, a lo largo de las semanas y de los años. Dice este autor: «a la pregunta ¿qué pueden hacer los padres? la primera respuesta es: simplemente creer y practicar su propia religión de manera genuina y fiel».

Pero, deficiencias de los padres aparte, lo cierto es que esa cultura (ideología) dominante se ha ido haciendo cada vez más insidiosa y omnipresente al formar parte de un sistema económico-político (neoliberalismo) de vocación totalitaria (imperialismo) que utiliza sus aparatos de propaganda y formación públicos (sistemas educativos, legislación...) y privados (industria del ocio y del espectáculo) así como su aparato coercitivo (sanciones administrativas y penales a quien se oponga a su ideología dominante), para imponer formas de vida y de pensamiento a juego con sus intereses. Nos encontramos ante una verdadera estructura de pecado ante la cual, incluso los padres más coherentes, tendrán serios problemas para defender la plaza.

Una vida para compartir

John Cuddeback (profesor de Filosofía en la universidad católica *Christendom College* –Virginia, EE. UU.–) en su artículo *Recuperando el hogar* destaca que un elemento esencial para que la familia pueda desarrollar su misión es que sea un centro de experiencia y pertenencia compartidas, es decir, un hogar. Esta vida compartida será la base sólida desde la cual, como desarrollo y plenitud de la propia familia, encarnar la cultura católica y, en ella, la fe.

Aristóteles definía el hogar como una familia constituida como comunidad de vida cotidiana. Dicho de otro modo, el hogar tiene un bien común que es intrínseco a sí mismo: el estar juntos por estar juntos. En palabras de Cuddeback, «Padres e hijos en la cocina preparando una comida. Un padre enseñando a un niño a leer. Una familia cantando o de paseo por el campo.... Ninguna de estas acciones por sí mismas constituyen el verdadero fin de la familia o del hogar. Un hogar no es una clase de cocina o un club de senderismo. Las actividades compartidas entre padres e hijos tienen una valencia intrínseca hacia una mayor unión de personas, incluso si esas actividades producen escasos resultados en su finalidad inmediata. Lo que se pierde en eficacia se gana en comunión. Las actividades familiares, ya sean de trabajo o de placer, representan una manera de estar unidos, lo que es un componente esencial del

florecimiento humano y de la felicidad».

Sin embargo, la economía capitalista y la industria del ocio han hecho que hayamos convertido la familia en una especie de base de operaciones, un área de descanso y transición hacia otras actividades, sean laborales, formativas o incluso de ocio, que se desarrollan en otro lugar y en otras comunidades socializadoras. Como resultado, los hombres, las mujeres y los niños se ven privados de su contexto natural de vida compartida.

Las familias, advierte Cuddeback, tienen una necesidad apremiante de desarrollar hábitos que revitalicen la vida del hogar. La propia crianza de los hijos es una de estas áreas y, en este sentido, las familias numerosas son ámbitos privilegiados. También tenemos las tareas cotidianas: «dondequiera que hay vida, hay ropa, polvo y platos y estas tareas pueden proporcionar una oportunidad para que los miembros trabajen juntos por el bien común del hogar». Y, por supuesto, hay que reunirse juntos en torno a la mesa familiar.

Por otra parte, todas estas actividades son el ámbito en que tiene lugar el diálogo y la interacción entre los miembros de la familia, donde se hace esa catequesis informal (y formal), vital y cotidiana, que permite inculturar y encarnar a los hijos en esa cultura católica que requiere del conocimiento de las escrituras (decía San Jerónimo que «la ignorancia de las escrituras es la ignorancia de Cristo»), del magisterio de la Iglesia y de la tradición cristiana. Citando nuevamente a Christian Smith: «Un segundo rasgo de los padres que transmiten con éxito la fe y la práctica religiosa a sus hijos es que, como parte normal de la vida familiar durante la semana, hablan con sus hijos sobre su fe, sobre lo que creen y practican, sobre lo que ello significa e implica y sobre por qué les importa. Es un tema que sale con



Familias asociadas formando una familia de familias, vinculadas a través de las parroquias o movimientos apostólicos, comunidades cristianas como ha construido la Iglesia a lo largo de los siglos. Celebración eucarística en Mitrapur, una pequeña aldea de Bengala Occidental (India). Fotografía: 177189520 © Zatlatic | Dreamstime.com

naturalidad en las conversaciones, no compartimentalizado en ciertos momentos de la semana; no es un tema inusual o incómodo. La religión es una parte de “quiénes somos y de lo que nos importa”. Esto no significa que se hable de religión constantemente, pero transmite a los niños el mensaje de que la religión importa y que es lo suficientemente relevante para el resto de la vida como para surgir naturalmente en discusiones ordinarias sobre cualquier tema».

Y toda esta vida familiar es más plena (y más fácil) si se trata de familias asociadas, formando una familia de familias, vinculadas a través de las parroquias o movimientos apostólicos, comunidades cristianas como ha construido la Iglesia a lo largo de los siglos.

Cerrar las ventanas al ruido del mundo

La tecnología ha suprimido los condicionantes espaciales. Con un teléfono móvil, estemos donde estemos, cualquier miembro de la familia puede ser transportado a otro ambiente (sea real o fantástico) que entrará, como caballo de Troya, en el santuario familiar.

Esta irrupción no solo genera dispersión (entramos en modo «multitarea»: hablamos durante la comida a la vez que consultamos nuestros teléfonos móviles), sino que –lo que es aún peor– nos extrae del ámbito cultural propio de la familia cristiana (donde tiene lugar la personalización y socialización –inculturación y encarnación– de la que hablábamos) y nos introduce en otros ámbitos culturales y formativos ajenos, cuando no contradictorios o francamente enemigos de la cultura católica. Son los ámbitos de la desacralización del mundo: de la superficialidad materialista, la gratificación inmediata, el control absoluto sobre el entorno y sobre los demás; donde todo tiene un precio, todo es opinable –a veces basta un dedito o un *like*– o susceptible de ser tomado a la ligera –motivo de *meme*–; todo es provisional. Son los ámbitos donde entramos en ese «modo de navegación infinita» (Pete Davies) en busca de novedad constante, pero efímera, picoteando en todo, pero sin comprometernos con nada.

El Cardenal Sarah (*El poder del silencio*, 2017) reivindica en este sentido al monje trapense Thomas Merton, quien en su diario *El signo de Jonás* (1946-1952) afirmaba: «Los que aman a Dios deben tratar de preservar o crear una atmósfera en la que Él pueda ser encontrado. Los cristianos deben tener hogares tranquilos... lugares donde puedan calmar sus mentes y corazones en la presencia de Dios; capillas en el campo, o también en la ciudad». En otro de sus diarios (*Pensamientos en soledad*, 1953-1954) Merton escribe: «Cuando la sociedad se compone de hombres que no conocen la soledad interior ya no puede mantenerse unida por el amor, y en consecuencia se mantiene unida por una autoridad violenta y abusiva. Pero cuando se priva violentamente a los hombres de la soledad y la libertad que les corresponden, la sociedad en la que viven se vuelve pútrida, supura servilismo, resentimiento y odio».

Familias misioneras y militantes

La figura del baluarte antes usada puede hacernos pensar en una ruptura con el mundo. No es así. Una familia, por hermosa y contracultural que parezca, no es Iglesia doméstica si no está en comunión con la Iglesia universal, que es Iglesia peregrina en la historia y, por tanto, en diálogo constante con el mundo (la Ciudad de los Hombres) en el que debe construirse, al menos como simiente, el Reino de Dios y su justicia.

La comunión-solidaridad exige abrirse a los problemas del mundo e implicarse en la acción trans-

formadora (caridad política). Señalaba Cuddebank en su artículo citado que la familia debe tener una vida propia que compartir. Y tiene razón. Pero esta vida familiar debe incluir la tarea evangelizadora y la lucha militante por el cambio de sociedad; el compromiso, vivido desde el corazón de la familia, de llevar la buena noticia experimentada en su seno al resto de la humanidad; el compromiso, simultáneo y complementario, de cambiar las estructuras que oprimen a nuestros hermanos más empobrecidos y débiles, como manifestación de ese Evangelio, buena noticia del Reino de Dios y su justicia.

Esto abre la familia al mundo a través de las diversas dimensiones de la Iglesia y, en particular, a través de movimientos apostólicos de laicos, unidos a sacerdotes y consagradas, que formando familia de familias cristianas, tienen como vocación específica la transformación del mundo, para que este cante la gloria de Dios.

Estos movimientos deben ser, además, el hogar para los sin hogar de nuestra sociedad. El hospital de campaña que reclama el papa Francisco. La familia de acogida para los jóvenes huérfanos de nuestra sociedad a los que acoger, acompañar y transmitir esa cultura cristiana encarnada que de calor, alegría y sentido a sus vidas.

Sin este proyecto familiar, sin esta proyección misionera y militante de la familia, la cultura y tradición cristiana que quiere y debe transmitir la familia estará desconectada del mundo y, por tanto, de espaldas a la realidad nuestros hermanos sufrientes. Será una cultura cristiana aguada, una sal insípida que nuestros jóvenes, tarde o temprano, echarán por tierra como Cristo anunció... y la pisoteará la gente.

Cuando el marido y la esposa vibran al unísono en las peripecias del combate, entonces sus dos almas se aproximan y compenetran cada vez más, y los hijos que crecen en tal ambiente quedan marcados para toda la vida. Librar en común el mismo combate depura y ensancha las almas de los esposos. El hogar que se cierra egoístamente sobre sí mismo, cae sosamente en la tibieza y en la mediocridad. Pero aquel hogar que permanece abierto a todo y a todos, interesándose tanto en la felicidad ajena como por la propia, no solamente no disminuye de valor, sino que cada día gana una nueva batalla en los combates del Señor (Guillermo Roviroso, militante cristiano).●

Juvenilismo

P. Carlos Ruiz

Tanto Guillermo Roviroso como su principal colaborador y discípulo, Julián Gómez del Castillo, entendieron desde el inicio del apostolado obrero que los jóvenes tenían que ser integrados en la misma organización adulta, aunque tuvieran cierta autonomía, ya que ellos necesitan la referencia de la experiencia y de las familias cristianas para no convertirse en un grupo que se extinga con el paso de los años. Setenta años después de las advertencias de Roviroso y Julián, tenemos que reconocer que tenían razón. El padre Carlos Ruiz es misionero y teólogo.

El Cristianismo adulto, vivido a fondo por hombres adultos, es la tabla de salvación que le queda a la Humanidad.

Cuando se consiga esto, todo lo demás vendrá como añadidura, sin que ello signifique que haya de abandonar ninguna posición. Significa, simplemente, que esto es lo primero.

Semejanzas y diferencias con la JOC

Una de las espiritualidades y formas de evangelizar más cercanas a la propuesta hecha por Guillermo Roviroso y Julián Gómez del Castillo es la del belga Joseph Cardijn y su JOC (Juventud Obrera Católica). A los tres les unía la certeza de que los apóstoles de los obreros deben ser los propios obreros, para lo cual es imprescindible el estar encarnados en sus preocupaciones, dolores y esperanzas, así como entender su mentalidad y cultura: no valen los líderes ni los que actúan desde fuera de este mundo de sufrimiento. Para ello, hicieron un planteamiento formativo de encarnación y transformación, que en la JOC es la Revisión de Vida y en la HOAC es el Plan Cíclico, que concluye en la Revisión de Vida.

Sin embargo, ¿por qué Roviroso y Julián recordaban frecuentemente lo que el propio Cardijn le había dicho a Guillermo –estando Julián de testigo– en un encuentro que tuvieron en Comillas (Santander): «no copien la JOC»? Consejo que, además, trajo gran alegría al alma de Roviroso porque confirmaba su convicción de que había que prestar más atención al apostolado obrero de adultos que al de jóvenes.

Y es que, además de las evidentes semejanzas entre los dos tipos de apostolado horizontal u homogéneo citados, también había una gran diferencia: la JOC se basaba en la estrategia de que una buena formación de los niños y de los jóvenes traería consigo una promoción de adultos comprometidos; mientras que Roviroso defiende que esa estrategia propia de la Ilustración y de la sociedad liberal, no es la originaria del cristianismo, que pone todo el énfasis en tener un modelo de vida adulta cristiana como catalizador de todo el proceso evangelizador. En el *Boletín de misioneros* 155 leemos:

El joven debe aprender en un ambiente de adultos

Desde los mismos comienzos de la HOAC, la actitud de Roviroso ante los jóvenes es muy nítida: nada de falsos protagonismos; los jóvenes tienen que descubrir la humildad, pues tienen todo por aprender. Roviroso constataba que todos los que últimamente habían puesto las esperanzas de la Iglesia en la pastoral juvenil, estaban desengañados. No hubiese hecho falta esperar a este fracaso para sacar tal lección, ya que bastaba con haber seguido el modelo originario de la Iglesia: Nuestro Señor Jesucristo no tuvo nunca esta idea; y ciertamente, dice Roviroso, las circunstancias de su vida oculta en Nazaret se prestaban perfectamente a ello.

El resto de la historia de la Iglesia es igual de elocuente: en sus primeros cien años de vida, el protagonismo adulto es manifiesto y está en la base de su sorprendente extensión; mientras que ahora, después de más de cien años de «juvenilismo» (expresión original de Roviroso), vemos cómo el tesoro de fe heredado de nuestros mayores se esfuma de nuestras manos, lo vemos dilapidarse con una inconsciencia perfectamente «juvenil», afirma en el *Boletín* 104. En este aspecto es donde tenemos que situar las diferencias con la JOC y con el propio planteamiento de Cardijn, al que elogia, pero señalando siempre que a base de los obreros de mañana (los jóvenes) no se ha llegado a los obreros de hoy (los adultos), ni después de muchos años [pues, con el tiempo, los jóvenes se desclasas] (*Boletín* 103). Hay que centrarse, desde el principio, en los obreros de hoy para abarcar a los de mañana.

La propia experiencia de la JOC belga es una demostración de todo esto, ya que, pasados sus primeros

veinticinco años de existencia, no se llegó a una «HOAC belga» (es decir, a una organización apostólica adulta), como ya advertía Rovirosa en 1950. Y los jóvenes, a pesar de una cuidada formación, iban entrando en la edad adulta a la par que abandonaban la vida apostólica asociada; por eso, a pesar de que en la mayoría de los sitios no se ha hecho caso a la autocrítica del propio Cardijn («no copien la JOC»), ya que es mucho más cómodo el mero copiar, Rovirosa y Julián no ven otra solución que un apostolado en el que «aunque tienen dos organizaciones autónomas, los jóvenes y los adultos no son organizaciones diferentes, sino complementarias. Cada una por sí sola, ni tiene razón de existir, ni puede existir» (*Carta de Rovirosa a su amigo Ricart*), ya que «aquellos jóvenes de ayer somos los hombres de hoy y no queremos estar divorciados sino unidos. Unidad en la variedad».

La negativa de la dirigencia clerical de la JOC y sus consecuencias

Coherente con lo anterior, Rovirosa propuso que la HOAC y la JOC españolas tuviesen un periódico de combate común, que debiera haber sido el *¡Tú!*, ya que *SIGNO* (la publicación oficial de la JOC de entonces) «lo hacen exjóvenes que ya están a punto de ser abuelos», decía Guillermo; también proponía un *Boletín* conjunto, aunque tengan páginas para cada uno de los grupos, y Círculos de Estudio por separado; compenetración de hombres y jóvenes en las reuniones generales, aunque tengan ponencias distintas; equipos de conquista mixtos y reuniones mensuales de las Comisiones Diocesanas.

Lamentablemente, los planteamientos de Rovirosa cayeron en saco roto y las relaciones entre la JOC y la HOAC «fueron siempre un problema delicado», especialmente por la negativa de los dirigentes jocistas que veían con muy malos ojos la pretensión de la HOAC de formar un movimiento único de hombres y jóvenes, lo cual jamás aceptaron.

En la JOC (al menos en sus responsables clericales) tampoco aceptaron nunca el tipo de formación que



El cardenal Cardijn en el Congreso Internacional de Jóvenes Trabajadores, Bruselas, 1950.

promovió Rovirosa y el estilo militante que se cultivaba en ella; así lo expresa Castaño Colomer en su historia sobre la JOC española, en la que expone el punto de vista de esta organización juvenil: «Si bien la HOAC poseyó muchos méritos, en conjunto y para el periodo de 1950 a 1964 estuvo movida por una rigurosidad (obligatoriedad para los grupos de seguir el Plan Cíclico elaborado por la Comisión nacional, obligatoriedad para los militantes de pasar por un Cursillo de iniciación dirigido desde arriba, antes de entrar en la HOAC; etc.) que le quitaba la espontaneidad en la base, que tanto potenció la JOC».

Lamentablemente, con el señuelo de la espontaneidad juvenil, en la JOC se partía de la Revisión de Vida, sin que los jóvenes tuviesen una formación seria y una cosmovisión cristiana compartida, lo cual les dejó en manos del análisis marxista y secularista, razón por la cual muchos de ellos perdieron la fe y abandonaron la Iglesia y la lucha por la Justicia. Los resultados están a la vista: la JOC española tampoco llegó nunca a dar el paso natural a la organización adulta (como le había ocurrido al resto de sus homólogas europeas). La experiencia de la JOC, que tuvo años en verdad entusiasmantes y de numerosas conversiones de jóvenes, acabó en frustración de otra esperanza más para los empobrecidos, en otro desengaño.

No nos cabe duda que las cosas hubiesen sido muy distintas si se hubiesen tenido en cuenta las advertencias de Rovirosa y Julián Gómez del Castillo. ●

Historia



Lorenzo Milani: sacerdote y educador (1923-1967)

María del Mar Tallón

En 2017 se celebraron los 50 años del fallecimiento de Lorenzo Milani. En aquella ocasión, el papa Francisco visitó Barbiana, donde está enterrado, y rezó ante su tumba. Al cumplirse 100 años de su nacimiento, tenemos una nueva ocasión para traer a primera línea la vida y el pensamiento de este hombre «duro y transparente como el diamante» quien, apenas descubrió el amor de Cristo, se hizo sacerdote y, apenas descubrió las necesidades de los niños pobres, se hizo maestro. Las claves de su pedagogía siguen siendo válidas para todos los preocupados por la evangelización, la educación o la justicia.

Lorenzo Milani: un converso

Lorenzo nació en Florencia el 27 de mayo de 1923 en el seno de una familia burguesa de origen judío por parte de su madre, Alice. Pese a su pensamiento anticlerical y agnóstico, el clima antisemita de los años 30 forzó a sus padres a casarse en el seno de la Iglesia católica y a bautizar a sus hijos.

A los veinte años, siendo estudiante de arte, se convirtió, recibiendo el sacramento de la confirmación e ingresando, simultáneamente, en el seminario. Ante las dudas que le manifestaba su madre sobre su vocación sacerdotal, su hijo le escribe: «Queréis decir que es demasiado pronto para saber si seguiré este camino toda mi vida. Le respondo que es por la fe (Concilio Tridentino) que nadie puede estar seguro de su perseverancia (excepto, por supuesto, la señora Cesarina y todos los que comulgan durante nueve primeros viernes de mes). Pero lo que no podemos esperar de nuestras propias fuerzas podemos esperararlo del Señor que así lo quiere».

Decía su madre: «Mi hijo buscaba lo absoluto. Lo encontró en la religión y en la vocación sacerdotal». De su conversión afirmó Rafaele Bensi, su consejero espiritual: «Para salvar el alma vino a mí. Desde aquel día de agosto hasta otoño, se atiborró literalmente del Evangelio y de Cristo. Ese joven partió

inmediatamente hacia lo absoluto, sin medios términos. Quería salvarse y salvar, a toda costa. Transparente y duro como un diamante, enseguida debía herirse y herir».

Lorenzo Milani: un sacerdote

Terminada la guerra, prosiguió sus estudios en el seminario y en 1947 fue ordenado sacerdote. Fue enviado a San Donato in Calenzano, una localidad situada entre Florencia y Prato, de población mayoritariamente proletaria y desempleada. Descubrió que las causas de la descristianización que estaban viviendo las clases empobrecidas de la sociedad eran las mismas que estaban empobreciéndolas: un sistema económico, político y cultural profundamente anticristiano que los oprimía económicamente, los engañaba en lo político (democracia formal) y los corrompía culturalmente. Descristianización y empobrecimiento material y cultural que eran inadmisibles para un sacerdote, tanto por razones pastorales como de caridad.

Como afirma Gianni Valente, en su artículo publicado para Agencia Fides con motivo del centenario de su nacimiento, «Milani registró el marchitamiento de la memoria cristiana y la disipación del cristianismo en hábito burgués hasta en el corazón de obreros y campesinos. Misas y procesiones siguen llenas de gente, pero, según él, incluso para los que abarrotan distraídamente las iglesias en las fiestas patronales, “la religión es cosa de niños”, “el pecado original en el alma duele menos que un resfriado” y “estar en gracia de Dios no es un problema cotidiano”. O mejor dicho, “no es el problema cotidiano fundamental”».

También descubrió y denunció las soluciones inadecuadas que practicaban los poderes públicos y con las que colaboraba gran parte de la Iglesia de su tiempo. Valente aprecia en los escritos de Milani «un grito de fe frente a la mutación genética que en aquellos decenios estaba aniquilando, incluso entre el clero, la percepción de la naturaleza sacramental de la Iglesia y sustituyéndola por las glorias de la organización y la movilización autopromocional» y, por ello, critica duramente a «sacerdotes enfrascados en la organización de actividades recreativas para “atraer a los jóvenes”, en una agónica competencia con los círculos comunistas... los “ensayos exhibicionistas del activismo eclesial”... sacerdotes guitarristas, cantantes, buceadores y los que organizan desfiles de modelos femeninas para “cristianizar” el mundo de la moda. Un acaparamiento clerical de papeles y funciones en el que se pierde de vista la única misión que corresponde al sacerdote como tal: el cuidado de las almas a través de los sacramentos».

En cambio, para Milani, la respuesta evangelizadora

(y de justicia –que van juntas–) pasa por la educación. Dice en una de sus cartas: «De bestias se puede llegar a ser hombre y de hombres se puede llegar a ser santo. Pero de bestias no se puede llegar a ser santo de un solo paso». Y en otra de sus cartas, afirma de su experiencia en San Donato: «Con la escuela no los podré hacer cristianos, pero los podré hacer hombres, y a los hombres les podré explicar la doctrina; y de ciento podrán rechazar la gracia los cien, o abrirse a ella todos, o bien rechazarla unos y abrirse a ella los otros. Pero Dios no me pedirá cuenta del número de los salvados de mi pueblo, sino del número de los evangelizados... Por eso la escuela es, para mí, sagrada como un octavo sacramento. De ella espero la clave, no de la conversión, porque ello es secreto de Dios, pero sí de la evangelización de este pueblo».

Lorenzo Milani: un educador

José Luís Corzo, educador milaniano, en un artículo publicado con motivo de los 50 años de su fallecimiento en la revista *Educación(nos)* del Movimiento de Educadores Milanianos, considera que «La suya no es una propuesta teórica, pedagógica o didáctica, sino una respuesta concreta hecha a la medida, primero, de jóvenes rurales y obreros, indefensos ante las modas y seducciones de la masa y, después, a la medida de unos zagales serranos, pastores y leñadores, perdidos por el monte». Este autor destaca también el relieve otorgado por Milani a la escucha y a la individualización de la enseñanza mediante la observación de la realidad histórica, social y personal. En *Carta a una maestra* afirma: «A lo mejor se descubre que la Pedagogía tiene que decirnos una sola cosa. Que los chicos son todos diferentes, diferentes los tiempos históricos y cada momento de un mismo chico, diferentes los países, los ambientes, las familias».

Miguel Martí Solé, que fue testigo de la escuela de Barbiana y pudo entrevistar a don Milani, señala en un artículo publicado en *Cuadernos de Pedagogía* los cuatro objetivos de la educación para Milani: dominio de la lengua, coherencia vital, buen uso del tiempo y conciencia de clase oprimida. Y expone cómo tales objetivos surgen de su preocupación inseparable por la evangelización y por la justicia. En efecto, constató que los niños abandonaban la catequesis porque no tenían el nivel lingüístico adecuado para comprenderla: «Si no se domina la lengua, toda comunicación lingüística no deja rastro alguno en quien la recibe». Que la vida cristiana era hipócrita e incoherente, separando el fondo (vacío de su sentido profundo, sustituido por finalidades y ostentaciones de vida burguesa) de la forma (ritos), privando así a los pobres del tesoro de la fe, con la complicidad, muchas veces, de la propia Iglesia: «La misa de los domingos era toda una muestra de indiferencia o incoherencia, públicamente ostentadas. Las primeras comuniones y



Milani con sus muchachos. Barbiana, 1963. Fotografía de Oliviero Toscani.

los matrimonios eran verdaderas carreras para ver quién gastaba más». Que el tiempo libre se consumía en un ocio inmoral o inútil y siempre dirigido por intereses ajenos a los pobres o, dicho de otro modo, que las formas de vida conllevaban un mensaje perverso que era preciso neutralizar: «El fútbol y las otras competiciones deportivas no tenían otro atractivo que la alegría del vencedor por haber humillado al vencido... Las películas, si no eran directamente inmorales, eran estúpidas, o sea, inmorales en cualquier caso. La televisión iba haciendo hombres «standard», amoldados al modelo de vida privada de los actores y dirigentes» y, por fin, que los pobres ignoraban su situación y no sabían cómo cambiarla porque la educación no estaba comprometida con la justicia: «se imponía una cuarta exigencia pedagógica: una escuela «política»,

es decir, una escuela que sepa distinguir a los opresores de los oprimidos y que dé a estos últimos las armas para liberarse. El voto y la huelga, junto con el dominio del lenguaje, serán los elementos capaces de transformar pacíficamente esta sociedad injusta».

En este proceso no fue ajena su capacidad de encarnación y de escucha, pues es la caridad y no el celo pastoral el que lo movieron: «Debo cuanto sé a los jóvenes obreros y campesinos a quienes di escuela. Lo que ellos pensaban estar aprendiendo de mí, fui yo quien lo aprendí de ellos. Solo les enseñé a expresarse mientras ellos me enseñaron a vivir».

Milani habla de las culpas de la Iglesia en este proceso cuando escribe en *Experiencias Pastorales* una fantástica «carta póstuma de ultratumba» dirigida a unos imaginarios misioneros que, en el futuro, vendrían desde China a llevar de nuevo el Evangelio a una Italia de la que habría desaparecido: «No hemos odiado a los pobres, como la historia dirá de nosotros. Sólo nos hemos dormido. Ha sido entre sueños cuando hemos fornicado con el liberalismo de

De Gasperi [Democracia Cristiana] y con los congresos eucarísticos de Franco».

En *San Donato* puso en marcha por primera vez sus principios pedagógicos creando la escuela popular de san Donato (1947-1954), una escuela popular nocturna de la que sería el maestro. Como señala Martí: «Los muchachos que frecuentaban la escuela tenían de 14 a 25 años, la edad considerada más interesante por Milani para formar el espíritu crítico. En la escuela se criticaba a todo el mundo, a los curas y a los comunistas, pero siempre con honradez, con lealtad, con serenidad y con generosidad política».

Trasladado (más bien «exiliado» por las críticas a la Iglesia en *Experiencias Pastorales*) a Sant'Andrea de

Barbiana, una parroquia de 96 almas que llevaba 15 años sin párroco, creó la escuela popular de Barbiana (1954-1967). Así la describe Miguel Martí: «la escuela que no suspendía a nadie, que no tenía fiestas ni vacaciones y que se proponía un fin mucho más alto que cualquier otra escuela de Italia. Sin prisas y con una gran serenidad, don Lorenzo fue pasando los días y los años, olvidado por casi todo el mundo, hasta que un día el mundo quedó sorprendido ante un libro insólito, *Carta a una maestra*, firmado por ocho alumnos de una escuela de montaña». En esta obra, se proponen tres principios fundamentales para la escuela popular: no suspender, jornada completa y lograr una nueva sociedad. Los explica así Miguel Martí:

«El primer principio se formula en contra del hecho escandaloso y antisocial de que el sistema educativo, tal como está organizado, aprueba a los ricos y suspende a los pobres. La escuela “es un hospital que cura a los sanos y rechaza a los enfermos” (*Carta a una Maestra*). Los maestros no quieren saber nada del alumno: cultura del padre, número de hermanos, mal genio de la abuela, casa pequeña, libros que tiene en casa; ni siquiera conocen sus nombres. No saben a quien suspenden ni a quien aprueban».

«La escuela a tiempo completo se plantea con la óptica de una auténtica igualdad. Al muchacho burgués le bastan unas pocas horas de escuela, porque la verdadera escuela la tiene en casa: en las conversaciones de sus padres, los libros de la biblioteca familiar, los discos, las excursiones de los domingos... e incluso, si hace falta, un profesor para él solo (clases particulares). Para el muchacho pobre, todas las horas que pasa fuera de la escuela son horas de empobrecimiento cultural: en casa no hay libros ni discos, sino sólo la última fotonovela o “El Mundo Deportivo”; la madre y la abuela discutiendo siempre; la radio a toda marcha... Sólo una escuela de jornada completa, que llene las tardes, los domingos, el verano... puede igualar realmente al pobre y al rico».

«Por último, Barbiana establece como finalidad educativa el advenimiento de una nueva sociedad, en la que trabajo no sea sinónimo de esclavitud, sino de alegría, en la que las leyes funcionan a favor de los pobres... una sociedad en la que todos y cada uno de sus miembros sean “soberanos”. Para ello hay que “armar” a los pobres con las armas de la palabra y del pensamiento».

En sus últimos días, con 44 años y consumido por la leucemia, Milani afirmaría: «Ahora que sufro, soy, finalmente, igual a los pobres». Pidió ser enterrado en Barbiana, vestido con su sotana de sacerdote y calzado con sus botas de montaña.●

Ediciones "Voz de los sin Voz"

NUESTRA VOZ TU VOZ DE SUSCRIPTOR



Tu, nuestro SUSCRIPTOR, no eres un cliente sino UN COLABORADOR FUNDAMENTAL en esta editorial. Colaboras a su financiación, pero no eres un inversor. Tampoco un mero lector que adquiere su producto a un “precio” barato (menos de un 700% sobre mercado). Tu eres...

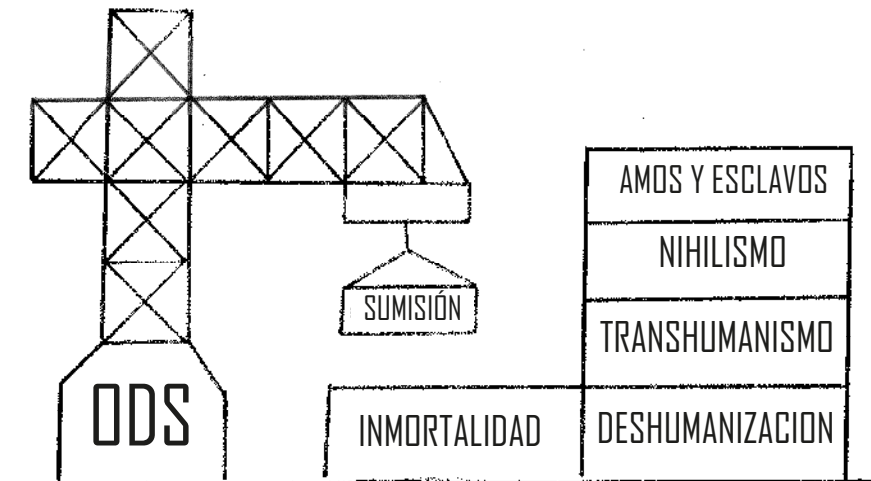
- Un impulsor de un medio de creación de opinión pública solidaria;
- Un trabajador de un instrumento que sigue creyendo en el poder de una conciencia libre de la esclavitud de la ignorancia y la manipulación;
- Un eslabón imprescindible en la propagación de la conciencia de las causas de las injusticias;
- Un colaborador irrenunciable que realiza un acto que le dignifica: leer, dialogar con lo que lees, compartirlo, resistirte a la avalancha comercial vacía de contenido...



Avda. Monforte de Lemos 162 -28029 MADRID- Tlf: 91 373 40 86
administracion@solidaridad.net / www.solidaridad.net

La Trampa de la Agenda 2030

Los Objetivos de Desarrollo Sostenible y la Agenda 2030 son estructuras de pecado diseñadas por los poderosos del mundo para hacer realidad sus delirios de poder. Si nos subimos a un barco, no cambiaremos su rumbo por mucho que caminemos sobre su cubierta en la dirección contraria.



Mártires de Japón

Entrevista a Santiago Mata

Con motivo de la publicación de su último libro «Mártires de Japón. Historia de la expansión cristiana durante los siglos XVI y XVII» (2023), Berta García ha entrevistado a su autor, Santiago Mata (Valladolid, 1965).

Santiago Mata es doctor en Historia, licenciado en Periodismo y profesor de enseñanza secundaria. Entre sus libros de historia más recientes destacan *Monseñor Óscar Romero, pasión por la Iglesia* (2015) y *El Yunque en España* (2015). En 2018 publicó *Silencio en Garabandal. El precio pagado por la Virgen*, sobre las supuestas apariciones marianas en aquella localidad cántabra. Recientemente ha publicado *El secreto de la Virgen de Guadalupe* (2020) y *Mártires cristianos bajo el nazismo* (2022).

¿Qué te llevó a investigar este tema tan interesante?

En principio, continuar la línea de investigación que comencé con *Holocausto católico* (2013), sobre los mártires del siglo XX en España, y con *Mártires cristianos bajo el nazismo*. Es decir, partía del interés por conocer las vidas de aquellos que dieron el testimonio supremo de la fe. Pero, una vez comenzada la investigación, comprendí que me enfrentaba al reto de explicar las complejas causas de una persecución que comenzó a mediados del siglo XVI; de comprender lo que puede parecer el fracaso del cristianismo en Japón, pero también la sorprendente madurez y fortaleza de tantos miles de personas para vivir el martirio a pesar de haber llegado a la fe, por así decirlo, muy recientemente.

¿Crees que la caída de la bomba atómica sobre Nagasaki tuvo algo que ver con el tema de tu libro?

La bomba atómica cayó sobre el barrio católico de Nagasaki, Urakami, aparentemente por una serie de casualidades: primero que estuviera cubierto de nubes el blanco primario, Kokura; a continuación, que por un fallo mecánico, la tripulación arrojara la bomba lejos del objetivo previsto y a solo 500 metros de la catedral. Sin embargo, como quizá sepan quienes han leído el libro *Las campanas de Nagasaki*, algunos cristianos –en concreto el autor de ese libro, el médico Nagai Takashi– consideraron que aquel sacrificio (de

los 15.000 católicos de Urakami solo sobrevivieron 5.000) era un holocausto (él empleó esa palabra el 23 de noviembre de 1945 en el funeral por las víctimas en las ruinas de la catedral) que Dios pedía para obtener el fin de la guerra y la libertad

religiosa en Japón. Sin embargo, esta interpretación, que por parte de Nagai suponía sin duda un acto de generosidad (pues perdió en el bombardeo a su mujer, y él mismo murió por la radiación menos de seis años después), no debe ser entendida literalmente y desde luego no se puede comparar estrictamente –él mismo no lo hizo– con el martirio, que solo existe si quien causa la muerte de los cristianos tiene como motivo indispensable (condición *sine qua non*) el odio a la fe. Pero los norteamericanos no arrojaron la bomba precisamente sobre ese barrio católico por odio a la fe: desde ese punto de vista, sí fue una casualidad.

¿Qué consecuencias tiene el martirio de estos hombres y mujeres en el Japón del siglo XVII para el día de hoy?

Es imposible saber cuántas gracias del Cielo ha recibido la Iglesia en razón del mérito de aquellos miles y hasta decenas de miles de mártires a lo largo de dos siglos y medio, y también después de terminada la persecución. Pero en cuanto a la acogida de su ejemplo en Japón hay luces y sombras: por una parte, muchos cristianos japoneses han bebido del ejemplo de los mártires, incluso los no católicos: así, el jefe del clan Tosa de la isla de Shikoku, Kataoka Kenkichi, que se bautizó en 1885 en una iglesia evangélica, había presenciado quince años antes las últimas deportaciones de católicos (que tuvieron lugar entre 1867 y 1873, es decir, dentro del período Meiji, un gobierno que en otros aspectos supuestamente toleraba la influencia occidental). Pues bien, Kataoka afirmó: «a los exiliados les atribuyo mis primeras inclinaciones hacia el cristianismo y mi fe cristiana posterior». Sin embargo, el director del Museo de los Mártires de Nagasaki, Miyata Kazuo, me escribió, según cito en el libro, que «Ahora el pueblo católico parece olvidarse de los mártires japoneses. Creo que la memoria y la devoción a los mártires de Japón pronto se olvidarán». Yo confío, y desde luego con esa intención escribo el libro, en que lo que suceda sea más bien lo contrario.

¿Qué podemos aprender para la Nueva Evangelización de los mártires de Japón?

Como todos los mártires, los de Japón dan ejemplo de fortaleza. En su caso, tuvieron que descubrir las exigencias concretas de la fe en su vida personal, sin excusarse para dejar de ser coherentes en las aparentes –digo aparentes en el sentido de que no eran ontológicamente verdaderas, pero eran muy reales y muy fuertes– exigencias de su compromiso social: vivían en una sociedad que ejercía sobre los individuos un peso muy difícil de imaginar para los occidentales, hasta el punto de que, para comprenderlas, yo me he atrevido en este libro a afirmar que el régimen de los shogunes Tokugawa (que gobernaron Japón desde 1600 a 1866) fue el primer totalitarismo de la historia. Por así decirlo, pretendieron asfixiar el cristianismo

con medidas de control social y, obviamente, también con torturas crudelísimas, que son relativamente conocidas, como ejecución por decapitación de todos los familiares de los cristianos, desde los ancianos a los niños, la crucifixión, la quema a fuego lento, la asfixia boca abajo, el baño en solfataras o fuentes volcánicas hirvientes, por no hablar de las torturas psicológicas y las prisiones durante muchos años en condiciones de hacinamiento en espacios minúsculos. Pues bien, estas medidas de control social ejercen a la larga una presión que no siempre es fácil de ver y que hacen, por así decirlo, sencilla la apostasía. En ese sentido, los mártires de Japón pueden sernos muy útiles para despertar y descubrir esas incoherencias e infidelidades que son en apariencia pequeñas, pero que hoy también pueden llevar a muchos cristianos a una apostasía silenciosa. ●



Fotograma de la película *Silencio*, de Martin Scorsese (2016), basada en la novela homónima de Shusaku Endo (1966).

La dignidad del trabajo humano exige una revolución económica

E. F. Schumacher

En 1974 el prestigioso economista británico Ernst Friedrich Schumacher (1911-1977), autor de la archifamosa obra «Lo pequeño es hermoso» (1973) publicó en la revista «Resurgence», bajo el título «Un trabajo insano no puede producir una sociedad sana» el artículo que aquí reproducimos extractado. Escrito todavía en el contexto de una sociedad industrial, basta sustituir «industria» o «cadena de producción» por «robots» o «inteligencia artificial» para apreciar la actualidad de su pensamiento en los países opulentos; su actualidad en los países empobrecidos no requiere adaptación.

«**D**ante, cuando compuso sus visiones del infierno, podría muy bien haber incluido el aburrimiento sin sentido y repetitivo de trabajar en una línea de montaje de una fábrica. Destruye la iniciativa y descompone el cerebro y no obstante, millones de trabajadores británicos dedican a ello la mayor parte de sus vidas».

Lo más destacable de esta declaración en *The Times* es que no despertó ningún interés: no hubo negaciones o apoyos angustiados; no hubo reacción alguna. Estas terribles y duras palabras no causaron ninguna queja de que fuesen falsas o excesivas. No, la gente la leyó, suspiró y asintió con la cabeza, supongo, y siguió como si nada.

Ni siquiera los ecologistas, y los que se dedican a advertirnos de la ruina están interesados en este tema. Si alguien hubiese afirmado que ciertos trabajos del hombre habían destruido la iniciativa y descompuesto los cerebros de millones de pájaros, de focas, o de animales salvajes en las reservas de África, tal afirmación habría sido, o bien refutada o tomada como un desafío muy serio. Si alguien hubiese afirmado, no que las mentes, las almas o los cerebros de millones de trabajadores británicos estaban “descomponiéndose”, sino sus cuerpos, habría generado un interés considerable; después de todo, hay regulaciones de seguridad, inspecciones, reclamaciones por daños, etc.

En ningún informe que se preocupe por el curso de la economía mundial y que augure el fin de la civilización o abogue por la sostenibilidad de la economía hay referencias de ninguna clase a los contaminantes que entran en la mente o en el alma humana. Y esto es simplemente por falta de interés en la cuestión vital del trabajo humano y de lo que el trabajo hace en el trabajador.

Considerando la centralidad del trabajo en la vida humana, se podría haber esperado que todo libro de texto de economía, de sociología o de política presentara una teoría del trabajo como uno de sus cimientos. Después de todo, es el trabajo lo que ocupa la mayoría de las energías de la especie humana y lo que las personas realmente hacen es, por lo general, más importante para entenderlas que lo que dicen o que aquello en lo que gastan su dinero o que aquello que poseen o lo que votan. El trabajo de una persona es incuestionablemente una de las influencias más constitutivas de su carácter y personalidad.

Sin embargo, en vano buscamos una teoría del trabajo humano en los libros de texto. Nunca se preguntan si la verdadera tarea podría consistir en adaptar el trabajo a las necesidades del trabajador, en vez de exigirle a éste que se adapte a las necesidades del trabajo, lo que significa, por supuesto y ante todo, que se adapte a las necesidades de la máquina.

Todos ellos (informes, libros de texto, etc.) –aunque en grados diferentes–, parten del supuesto implícito de que el tipo o la calidad del trabajo que hay que llevar a cabo en la sociedad es lo que es: alguien tiene que hacerlo; si es un trabajo que destruye el alma, es lamentable, pero eso no puede cambiarse. Si la gente no disfruta haciendo su trabajo, nosotros pagamos más y más hasta que les guste más el dinero que reciben de lo que les disgusta su trabajo. Pero esta solución económica del problema, a saber, pagar lo que prescribe la ley de la oferta y la demanda, no es una solución desde nuestro punto de vista; algunas personas, como ya observó San Agustín, incluso se complacen en las deformidades, y muchas están dis-

puestas o se ven obligadas, a arruinarse por dinero. Lo que nos preocupa a nosotros es el hecho de que nuestro sistema de producción, en muchas de sus partes, es de tal naturaleza que destruye la iniciativa de los hombres y pudre sus cerebros, y que inflige este daño, no a unas pocas personas a modo de excepción, sino a millones de personas, a través de la rutina diaria. El por qué hombres o mujeres lo toleran y lo aceptan a cambio de una compensación pecuniaria es una cuestión muy diferente.

Podemos recordar la enseñanza de la Iglesia por lo que respecta a esto. «Nadie», dijo el Papa León XIII (*Rerum Novarum*, 30), «puede violar impunemente la dignidad humana, que Dios mismo trata con gran reverencia: ni ponerle trabas en la marcha hacia su perfeccionamiento, que lleva a la sempiterna vida de los cielos. Es más, ningún hombre tiene poder sobre sí mismo en este asunto. Dar su consentimiento a cualquier tratamiento que esté calculado para frustrar el fin y el propósito de su ser está más allá de su derecho: no puede entregar su alma a la servidumbre, porque no son los derechos propios del hombre los que están aquí en cuestión, sino los derechos de Dios, el más sagrado e inviolable de los derechos».

Preguntémosnos entonces: ¿cómo se relaciona el trabajo con el fin y el significado del ser hombre? En todas las enseñanzas auténticas de la humanidad se reconoce universalmente que todo ser venido a este mundo tienen que trabajar, no sólo para mantenerse en vida, sino para luchar hacia la perfección. «Sed, pues, perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mt 5, 48). Para perfeccionarse, necesita una actividad bien orientada, de acuerdo con el mandato: «Como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, poned al servicio de los demás el don que cada uno haya recibido» (1Pe 4, 10).

A partir de aquí, nosotros podemos derivar los tres significados del trabajo humano de la siguiente manera:

Primero: Proveer a la sociedad de los bienes y servicios que le son necesarios o útiles.

Segundo: Permitir que cada uno de nosotros utilice y, por tanto, perfeccione, sus dones como buenos administradores.

Tercero: Hacer eso al servicio de otros, y en cooperación con otros, para liberarnos de nuestro egocentrismo innato.

Esta función con tres pilares hace el trabajo tan central para la vida humana que es verdaderamente imposible concebir la vida en un nivel humano sin el trabajo que, según la Iglesia declara, «incluso después del pecado original, fue decretado por la Providencia para el bien del alma y del cuerpo del hombre».

La sociedad considera implícitamente el tipo y calidad del trabajo por hacer; alguien tiene que hacerlo, lo queramos o no. Ya es hora de cuestionar esta suposición implícita y atacar este inmovilismo. Un trabajo sin sentido es más intolerable en una sociedad que desea ser sana y civilizada que el aire sucio o el agua estancada. ¿Por qué no podemos establecer nuevas



Paradise Umbrella Group Co., es la mayor fábrica de paraguas de China. Emplea sobre todo mujeres. Esta trabajadora ensambla 700 paraguas al día. Hangzhou, China. 2007. Fotografiada por Michael Crozet © Copyright ILO

tareas para nuestros científicos y para nuestros ingenieros, muchos de los cuales están empezando a dudar sobre la relevancia humana de sus propios trabajos? ¿No tiene la sociedad opulenta ningún espacio para algo realmente nuevo? ¿Sigue siendo «más grande, más rápido, y más rico» la única línea de desarrollo que podemos concebir, cuando sabemos que esa línea conlleva la perversión del trabajo humano, de modo que, como dice uno de los Papas, «de la fábrica sale materia mejorada, mientras que los hombres son corrompidos y degradados»? Y eso incluye la degradación ambiental y el acelerado agotamiento de las fuentes no renovables de la tierra. ¿No podríamos dedicar al menos una parte de nuestros esfuerzos en la investigación y el desarrollo a crear lo que podríamos llamar una tecnología con rostro humano?

Ese «rostro humano» reflejaría, para empezar, en un cierto modo, el tamaño del ser humano: en otras palabras, deberíamos explorar si, al menos algunas organizaciones y algunas máquinas pudieran no ser lo suficientemente pequeñas para encajar en la escala humana. Muchas personas anhelan la oportunidad de convertirse en sus propios maestros, independientes y autosuficientes, algo en lo que no pueden convertirse a menos que sea posible ser eficiente a pequeña escala. ¿Dónde está el material para el equipamiento de la pequeña escala, dónde están las minicentrales para dar oportunidades al hombre pequeño que puede y quiere valerse por sí mismo?

Hay gente que dice: eso no puede hacerse; la escala pequeña no es económica. ¿Cómo lo saben? Mientras que la idea de «cuanto más grande mejor» puede haber sido una verdad del siglo XIX, ahora, debido al avance en el conocimiento y en la habilidad tecnológica, se ha convertido en un mito del siglo XX.

Pensémoslo: en lugar de una unidad que requiere para su funcionamiento eficiente una vasta y complicada organización, podemos tener ahora cincuenta unidades, cada una de ellas «a escala humana», cada una lo suficientemente grande como para que unas pocas personas emprendedoras se ganen la vida honestamente, pero ninguna de ellas tan grande como para hacer que nadie se haga desmesuradamente rico. Pensemos en la simplificación del transporte si pudiese haber muchas unidades pequeñas en vez de una grande, cada una de ellas aprovechando las materias primas locales y trabajando para mercados locales cercanos. Pensemos en las consecuencias humanas, sociales e individuales de ese cambio de escala.

En todas partes hay muchas personas excluidas del proceso productivo en cualquier sentido válidamente humano, porque las organizaciones, los requisitos de capital y las máquinas se han hecho tan grandes que sólo las gentes que ya son muy ricas y poderosas pueden conseguirlas, y todos los demás sólo pueden ser lo que podría llamarse «relleno tecnológico».

Una tecnología con rostro humano no sólo favorecería la pequeñez en contra del gigantismo actual; también favorecería la simplicidad en contra de la complejidad. Es por supuesto, mucho más difícil hacer las cosas más simples que hacerlas más complicadas. No estoy hablando de la vida simple como tal, aunque habría mucho que decir a su favor: estoy hablando de los procesos de producción, distribución e intercambio, así como del diseño de los productos. La complejidad, a menudo resultado del tamaño excesivo y de la excesiva eliminación del factor humano, exige un grado de especialización y de división del trabajo que demasiado a menudo mata el contenido humano del trabajo y hace a las personas demasiado especializadas como para poder alcanzar la sabiduría. Por lo tanto, la complejidad debe ser vista como un mal, y la tarea de la inteligencia humana es la de minimizar este mal, la de no dejar que proliferen.

Todo esto conduce a la reintegración del ser humano en el proceso productivo, de modo que él o ella puedan sentirse vivos, creativos, y en resumen felices, personas reales, incluso cuando están trabajando para ganarse la vida.

Si hay algo que salta a la vista, es que un trabajo insano no puede producir una sociedad sana. No hay ninguna razón para creer que hoy, con tanto conocimiento y con unas habilidades tecnológicas tan sorprendentes a nuestra disposición, seamos incapaces de extender la felicidad de un trabajo de producción creativa a los millones de personas que actualmente están privadas de él. No puede emerger una sociedad sana si millones de jóvenes están «creciendo en el absurdo»; o si millones de hombres y mujeres están condenados, durante la mayor parte de sus vidas, a realizar un trabajo que destruye su iniciativa y descompone sus cerebros; o también, si todo —o la mayor parte— el trabajo útil, productivo y creativo se pone en manos de unas máquinas controladas por empresas gigantes, mientras que a las personas —a las personas vivas— se les remite a que encuentren su plenitud en actividades de ocio.●

Las puertas del Cielo tienen forma de Cruz. Olga Soto, *in memoriam*

Ana Solano

El 13 de abril, en la Octava de Pascua, nuestra querida amiga Olga (1973-2023) hizo su paso de la vida terrenal a la Vida definitiva, la Vida Eterna.

Desde hacía siete años su vida era un milagro. Luchaba contra un cáncer detectado en fase muy avanzada, tras una vida marcada por esta enfermedad que fue derrumbando uno a uno a sus principales referentes familiares, y que ahora debía afrontar en carne propia. La primera pérdida fue la de su madre, cuando ella contaba con tan solo 11 años.

Los miedos que tanto le habían hecho sufrir en su vida pasada, la huella que en su interior había dejado la enfermedad vivida como preludio de un final inminente hasta llegar al desenlace fatal, debían ser transformados ahora, a través de una entrega libre desde la que naciera la gran Esperanza que otorga el Amor que habita en lo más profundo del ser, y que es liberado y expresado cuando todo ya ha sido entregado. Así fue en la vida de Olga, que fue recibiendo amor y ganando fuerzas en los escombros de su debilidad.

Antropóloga de profesión, profesora de Salud Pública en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, asumió como tema de investigación, en la madurez de su vida, las vivencias de pacientes y familiares en Cuidados Paliativos. Sabía que debía afrontar, poner palabras y compartir con otros, estas vivencias que le habían acompañado desde su infancia, como si una intuición le avisara sobre la irremediable necesidad de afrontar en sí misma esta experiencia definitiva para la que habría de prepararse. En junio de 2009, para explicar por qué dedicó su investigación a los enfermos de cáncer del hospital san Lázaro, Olga escribía: «Lo que me empujó a venir aquí era la necesidad de hacer algo, algo que me aliviara y reconfortara ante lo incomprensible. Esa necesidad de actuar, de aliviar, de reconfortar la he visto continuamente en las personas que cuidaban a su familiar enfermo, personas que acaso pensarán que era posible vencer con un beso a un gigante». Además Olga realizó distintas entrevistas en las que nos dejó su testimonio de vida.

Vivía con plenitud la vida familiar. El matrimonio había sabido forjar, no sin tribulaciones, un hogar entrañable, abierto a la amistad y al ejercicio de la caridad política que vivió en la tensión, en ocasiones con dolor, de cooperar al advenimiento del Reino de Dios a este mundo lleno de injusticias y sufrimiento. Bautizarían con el nombre de Esperanza a su cuarta



Foto de Olga junto a su hogar, 14 días antes de su paso a los brazos del Padre.

hija, que veían en la ecografía de su tercer mes de vida el mismo día en que se aprobaba la ley del aborto de 2010. La Providencia les otorgó, pocos años después, experimentar no cualquier esperanza, sino la Esperanza con mayúsculas, la Esperanza teologal, en la enfermedad y muerte de Olga.

Le costó mucho aceptar la incapacidad que le alejaba de la profesión, que tanto amaba. Pero no se resignó. Ya no participaría de la enseñanza formal, sino que asumiría una tarea de formación más amplia y profunda a través de su colaboración en la Pastoral Universitaria, que pasaría a formar una parte esencial en su vida.

Los jóvenes, los sacerdotes, las religiosas (entre ellas contemplativas), la comunidad parroquial y los amigos fueron sus grandes acompañantes en sus últimos años. Sembrado todo ello en el humus que constituye la gran familia de familias del movimiento laical en el que toda su familia ha vivido y vive: el Movimiento Cultural Cristiano. Todo esto hizo florecer

una Fe profunda que testimonia que la Vida en Dios no se acaba, sino que crece en el sufrimiento, haciendo aparecer una nueva dimensión, antes insospechada, y que le da su plenitud, como ella misma decía: «En la más absoluta debilidad, abrazo lo esencial: el amor que nos salva».

Ciertamente, las puertas del cielo tienen forma de cruz. Y es la Cruz la puerta de acceso al Cielo, a la Vida Eterna. En esa Cruz Olga pasó su último mes en una dulce agonía, en casa, acompañada y mimada por sus familiares y amigos, entre cuidados, alegrías, oraciones y cantos: «Cuánta gratitud y cuánta vida en este pequeño hogar. Y todo llega como un regalo, pura Gracia». Su última ofrenda a los que quería y quiere ha sido esa inefable experiencia de vivir ya el Cielo en la Tierra, en medio de un sufrimiento redimido que eleva los corazones a la verdadera dimensión para la que han sido creados. «¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?» (Rom 8,35).●

SUSCRIPCIÓN Ediciones "VOZ DE LOS SIN VOZ"



Nombre
 DNI e-mail.....
 C/ nº piso
 Localidad Provincia CP
 Tlf fijo Tlf móvil

Deseo suscribirme a las Ediciones "Voz de los sin Voz" en la modalidad de:

- **AUTOGESTIÓN** (revista bimestral)
 - como COLABORADOR (10 envíos) 15 € / 2 años
 - como AMIGO 30 € / 2 años (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **AUTOGESTIÓN + LIBROS** (5 revistas + 5 libros)
 - como COLABORADOR 20 € / 1 año
 - como AMIGO 40 € / 1 año (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD** (revista bimestral)
 - como COLABORADOR (10 envíos) 15 € / 2 años
 - como AMIGO 30 € / 2 años (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD + LIBROS** (5 revistas + 5 libros de espiritualidad o teología)
 - como COLABORADOR 20 € / 1 año
 - como AMIGO 40 € / 1 año (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)

ORDEN de DOMICILIACIÓN BANCARIA

Muy sres míos:

Con cargo a mi cuenta y hasta nuevo aviso, atiendan la presente orden de domiciliación de los recibos que presente el Movimiento Cultural Cristiano.

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	D.C.	NÚMERO DE CUENTA
ES	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

Titular de cuenta:	
DNI:	Firma:
Fecha:.....	

Ediciones "Voz de los sin Voz"

Avda. Monforte de Lemos 162.- 28029 MADRID.-
 Tlf-Fax: 91/ 373 40 86
 email: administracion@solidaridad.net

Lorenzo Milani, sacerdote y educador 1923-1967

En el centenario de su nacimiento



Devolver la palabra a los pobres, porque sin la palabra no hay dignidad y, por lo tanto, tampoco libertad y justicia: esto es lo que enseña don Milani... La Iglesia reconoce en esa vida un modo ejemplar de servir al Evangelio, a los pobres y a la Iglesia misma.

Papa Francisco en su peregrinación a Barbiana, ante la tumba de Lorenzo Milani, junio de 2017